

Albert Camus

Los justos



Traducción: Alejandro Ariel González

En febrero de 1905, en Moscú, un grupo de terroristas que pertenecían al partido socialista revolucionario organizó un atentado con bomba contra el gran duque Serguéi, tío del zar. Dicho atentado, así como las singulares circunstancias que lo precedieron y lo acompañaron, constituyen el tema de Los justos. Por más extraordinarias que, en efecto, puedan parecer algunas situaciones de esta pieza, todas ellas son reales. Esto no quiere decir, como además se verá, que Los justos sea una obra histórica. Pero todos los personajes han existido realmente y se han conducido como aquí cuento. Solo he procurado darle verosimilitud a lo que ya era verdadero.

Incluso he reservado para el héroe de Los justos, Kaliáev, el nombre que llevara realmente en vida. No lo hice por falta de imaginación, sino por respeto y admiración por esos hombres y mujeres que, en la más despiadada de las tareas, no pudieron acallar su corazón. Se han hecho progresos más tarde, es verdad, y el odio que pesaba sobre estas almas excepcionales como un sufrimiento insoportable se ha convertido en un confortable sistema. Razón de más para evocar a estas grandes sombras, su justa rebeldía, su difícil fraternidad, los desmesurados esfuerzos que hicieron para avenirse al crimen y para decir de este modo en qué consiste nuestra fidelidad.

Albert Camus

O love! O life! Not life but love in death

Romeo y Julieta, Acto IV, Escena 5

PERSONAJES

Dora Dulebov
La gran duquesa
Iván Kaliáev
Stepán Fiódorov
Boris Ánnenkov
Alexis Voinov
Skurátov
Foká
El guardián

PRIMER ACTO

Departamento de los terroristas. Es de mañana.

(El telón se levanta en silencio. Dora y Ánnenkov están sobre el escenario, inmóviles. Se oye el timbre de la entrada, una vez. Ánnenkov hace un gesto para detener a Dora, que parece querer hablar. El timbre suena dos veces seguidas.)

ÁNNENKOV. Es él. *(Sale. Dora espera, siempre inmóvil. Ánnenkov regresa con Stepán, a quien toma por los hombros).* ¡Es él! Aquí está Stepán.

DORA *(va hacia Stepán y le toma la mano).* ¡Qué alegría, Stepán!

STEPÁN. Buen día, Dora.

DORA *(mirándolo).* Tres años, ya.

STEPÁN. Sí, tres años. El día que me arrestaron iba a reunirme con ustedes.

DORA. Te esperábamos. El tiempo pasaba y mi corazón se encogía cada vez más. No nos atrevíamos siquiera a mirarnos.

ÁNNENKOV. Hubo que cambiar de departamento otra vez.

STEPÁN. Lo sé.

DORA. ¿Y allí, Stepán?

STEPÁN. ¿Allí?

DORA. ¿En la cárcel?

STEPÁN. Se fugan.

ÁNNENKOV. Sí. Nos pusimos contentos cuando nos enteramos de que habías podido llegar a Suiza.

STEPÁN. Suiza es otra cárcel, Boria.

ÁNNENKOV. ¿Qué dices? Ellos al menos son libres.

STEPÁN. La libertad es una cárcel mientras haya un solo hombre esclavizado en la tierra. Yo era libre y no dejaba de pensar en Rusia y sus esclavos.

(Silencio.)

ÁNNENKOV. Me alegra, Stepán, que el partido te haya enviado aquí.

STEPÁN. Era necesario. Me estaba ahogando. Actuar, actuar por fin... *(Mira a Ánnenkov).* Lo mataremos, ¿no?

ÁNNENKOV. Estoy seguro.

STEPÁN. Mataremos a ese verdugo. Tú eres el jefe, Boria, y yo te obedeceré.

ÁNNENKOV. No necesito tu promesa, Stepán. Somos todos hermanos.

STEPÁN. Hace falta disciplina. Eso lo comprendí en la cárcel. El partido socialista revolucionario necesita disciplina. Disciplinados, mataremos al gran duque y derribaremos la tiranía.

DORA (*acercándose a él*). Siéntate, Stepán. Debes estar cansado después de ese largo viaje.

STEPÁN. Yo nunca me canso. (*Silencio. Dora se sienta.*) ¿Todo está preparado, Boria?

ÁNNENKOV (*cambiando el tono*). Desde hace un mes, dos de los nuestros están estudiando los movimientos del gran duque. Dora ha reunido el material necesario.

STEPÁN. ¿Está redactada la proclama?

ÁNNENKOV. Sí. Toda Rusia sabrá que el gran duque Serguéi fue ejecutado con una bomba por el grupo de combate del partido socialista revolucionario para acelerar la liberación del pueblo ruso. La corte imperial se enterará también de que estamos decidido a ejercer el terror hasta que la tierra sea restituida al pueblo. ¡Sí, Stepán, sí, todo está preparado! El momento se acerca.

STEPÁN. ¿Qué debo hacer yo?

ÁNNENKOV. Para empezar, ayudarás a Dora. Schweitzer, a quien tú reemplazas, trabajaba con ella.

STEPÁN. ¿Murió?

ÁNNENKOV. Sí.

STEPÁN. ¿Cómo?

DORA. Un accidente.

(*Stepán mira a Dora. Dora aparta la vista.*)

STEPÁN. ¿Y después?

ÁNNENKOV. Después, ya veremos. Debes estar preparado para reemplazarnos, llegado el caso, y mantener el enlace con el Comité Central.

STEPÁN. ¿Quiénes son nuestros camaradas?

ÁNNENKOV. Conociste a Voinov en Suiza. Tengo confianza en él, a pesar de su juventud. No conoces a Ianek.

STEPÁN. ¿Ianek?

ÁNNENKOV. Kaliáev. También lo llamamos el Poeta.

STEPÁN. No es nombre para un terrorista.

ÁNNENKOV (*riendo*). Ianek piensa lo contrario. Dice que la poesía es revolucionaria.

STEPÁN. Sólo la bomba es revolucionaria. (*Silencio.*) Dora, ¿crees que sabré ayudarte?

DORA. Sí. Sólo hay que tener cuidado de no romper el tubo.

STEPÁN. ¿Y si se rompe?

DORA. Fue así como murió Schweitzer. (*Pausa.*) ¿Por qué te sonríes, Stepán?

STEPÁN. ¿Yo sonrío?

DORA. Sí.

STEPÁN. Me pasa a veces. (*Pausa. Stepán parece reflexionar.*) Dora, ¿una sola bomba bastaría para hacer saltar esta casa?

DORA. Una sola, no. Pero la dañaría.

STEPÁN. ¿Cuántas se necesitarían para hacer saltar Moscú?

ÁNNENKOV. ¡Estás loco! ¿Qué quieres decir?

STEPÁN. Nada.

(Golpean una vez a la puerta. Todos escuchan y aguardan. Golpean dos veces. Ánnenkov va a la antesala y regresa con Voinov.)

VOINOV. ¡Stepán!

STEPÁN. Hola.

(Se estrechan la mano. Voinov va hacia Dora y le da un beso.)

ÁNNENKOV. ¿Todo ha ido bien, Alexis?

VOINOV. Sí.

ÁNNENKOV. ¿Tienes estudiado el recorrido del palacio al teatro?

VOINOV. Ahora puedo dibujarlo. Mira. *(Dibuja.)* Recodos, pasajes, estorbos... el coche pasará bajo nuestras ventanas.

ÁNNENKOV. ¿Qué significan esas dos cruces?

VOINOV. Una placita donde los caballos reducirán la velocidad y el teatro donde se detendrán. Para mí, son los mejores lugares.

ÁNNENKOV. ¡Dame!

STEPÁN. ¿Y los chivatos?

VOINOV *(dudando)*. Hay muchos.

STEPÁN. ¿Te impresionan?

VOINOV. No me siento tranquilo.

ÁNNENKOV. Nadie se siente tranquilo con ellos delante. No te preocupes.

VOINOV. No temo nada. No me acostumbro a mentir, eso es todo.

STEPÁN. Todo el mundo miente. Lo que hace falta es mentir bien.

VOINOV. No es fácil. Cuando era estudiante, mis compañeros se burlaban de mí porque no sabía disimular. Decía lo que pensaba. Al final me echaron de la universidad.

STEPÁN. ¿Por qué?

VOINOV. En la clase de historia, el profesor me preguntó cómo había construido San Petersburgo Pedro el Grande.

STEPÁN. Buena pregunta.

VOINOV. A sangre y látigo, respondí. Me expulsaron.

STEPÁN. Después...

VOINOV. Comprendí que no bastaba con denunciar la injusticia. Había que dar la vida para combatirla. Ahora soy feliz.

STEPÁN. ¿Y sin embargo, mientes?

VOINOV. Miento. Pero no mentiré más el día que arroje la bomba.

(Golpean a la puerta. Dos golpes, luego uno. Dora se precipita hacia la puerta.)

ÁNNENKOV. Es Ianek.

STEPÁN. No es la misma señal.

ÁNNENKOV. A Ianek le resultó divertido cambiarla. Tiene su propia señal.

(Stepán se encoge de hombros. Se oye a Dora hablar en la antesala. Entran Dora y Kaliáev tomados del brazo, Kaliáev ríe.)

DORA. Ianek. Él es Stepán, el que reemplaza a Schweitzer.

KALIÁEV. Bienvenido, hermano.

STEPÁN. Gracias.

(Dora y Kaliáev se sientan de frente a los otros.)

ÁNNENKOV. Ianek, ¿estás seguro de reconocer la calesa?

KALIÁEV. Sí, la vi dos veces, con tiempo. ¡En cuanto aparezca en el horizonte la reconoceré entre mil! He reparado en todos los detalles. Por ejemplo, uno de los vidrios del farolillo izquierdo está mellado.

VOINOV. ¿Y los chivatos?

KALIÁEV. Son multitud. Pero somos viejos amigos. Me compran cigarrillos. *(Ríe.)*

ÁNNENKOV. ¿Pável ha confirmado los informes?

KALIÁEV. El gran duque irá esta semana al teatro. En unos momentos, Pável sabrá el día exacto y entregará un mensaje al portero. *(Mira a Dora y se ríe.)* Tenemos suerte, Dora.

DORA *(mirándolo)*. ¿No eres más vendedor ambulante? Ahora eres un gran señor, míralo. Qué guapo estás. ¿No extrañas tu zamarra?

KALIÁEV *(ríe)*. Es verdad, estaba muy orgulloso de ella. *(A Stepán y Ánnenkov.)* Estuve dos meses observando a los vendedores ambulantes, y más de un mes practicando en mi pequeño cuarto. Mis colegas jamás sospecharon nada. “Un muchacho estupendo”, decían. “Sería capaz de vender hasta los caballos del zar”. Y ellos intentaban imitarme a su vez.

DORA. Naturalmente, tú te reías.

KALIÁEV. Sabes bien que no puedo impedirlo. Ese disfraz, esa vida nueva... Todo me divertía.

DORA. A mí no me gustan los disfraces. *(Muestra su vestido.)* ¡Además, este vejestorio lujoso! Boria podría haberme encontrado otra cosa. ¡Una actriz! Mi corazón es simple.

KALIÁEV *(ríe)*. Estás tan bonita con ese vestido.

DORA. ¡Bonita! Ya me gustaría estarlo. Pero no hay que pensar en eso.

KALIÁEV. ¿Por qué? Tus ojos siempre están tristes, Dora. Hay que ser alegre, hay que ser orgullosa. ¡La belleza existe, la alegría existe! “En los lugares tranquilos donde mi corazón te deseaba...”

DORA *(sonriendo)*. “...un eterno verano respiraba...”

KALIÁEV. ¡Oh! Dora, te acuerdas de esos versos. ¿Sonríes? Me alegro mucho...

STEPÁN *(interrumpiéndolo)*. Estamos perdiendo el tiempo. Boria, supongo que hay que avisar al portero, ¿no?

(Kaliáev lo mira con asombro.)

ÁNNENKOV. Sí. Dora, ¿quieres bajar? No olvides la propina. Voinov te ayudará después a ordenar el material en el cuarto.

(Salen en sentidos opuestos. Stepán se dirige a Ánnenkov con paso decidido.)

STEPÁN. Yo quiero arrojar la bomba.

ÁNNENKOV. No, Stepán. Los que van a arrojarla ya están designados.

STEPÁN. Te lo ruego. Tú sabes lo que eso significa para mí.

ÁNNENKOV. No. La regla es la regla. *(Silencio.)* Yo no lo arrojé y voy a esperar aquí. La regla es rígida.

STEPÁN. ¿Quién arrojará la primera bomba?

KALIÁEV. Yo. Voinov arroja la segunda.

STEPÁN. ¿Tú?

KALIÁEV. ¿Te sorprende? ¡Quiere decir que no tienes confianza en mí!

STEPÁN. Hace falta experiencia.

KALIÁEV. ¿Experiencia? Sabes muy bien que la arrojas una vez y después... Nadie la ha arrojado nunca dos veces.

STEPÁN. Hace falta una mano firme.

KALIÁEV (*mostrando su mano*). Mira. ¿Crees que temblará? (*Stepán se vuelve.*) No temblará. ¿Qué? ¿Tendré al tirano frente a mí y dudaré? ¿Cómo puedes creerlo? Y aunque me temblara el brazo, conozco un medio seguro para matar al gran duque.

ÁNNENKOV. ¿Cuál?

KALIÁEV. Tirarse bajo las patas de los caballos.

(*Stepán se encoge de hombros y se sienta en el fondo.*)

ÁNNENKOV. No, eso no es necesario. Hay que intentar huir. La Organización te necesita, debes cuidarte.

KALIÁEV. ¡Obedeceré, Boria! ¡Qué honor, qué honor para mí! ¡Oh, seré digno de él!

ÁNNENKOV. Stepán, tú estarás en la calle mientras Ianek y Alexis esperan la calesa. Pasarás regularmente por delante de nuestras ventanas y fijaremos una señal. Dora y yo esperaremos aquí el momento de lanzar la proclama. Si tenemos un poco de suerte, mataremos al gran duque.

KALIÁEV (*exaltado*). ¡Sí, yo lo mataré! ¡Qué felicidad si tenemos éxito! El gran duque no es nada. ¡Hay que golpear más arriba!

ÁNNENKOV. Primero el gran duque.

KALIÁEV. ¿Y si fracasamos, Boria? ¿Lo ves? Habría que imitar a los japoneses.

ÁNNENKOV. ¿Qué quieres decir?

KALIÁEV. Durante la guerra, los japoneses no se rendían. Se suicidaban.

ÁNNENKOV. No. No pienses en el suicidio.

KALIÁEV. ¿Y en qué, entonces?

ÁNNENKOV. En el terror, otra vez.

STEPÁN (*desde el fondo*). Para suicidarse hay que quererse mucho. Un verdadero revolucionario no puede quererse.

KALIÁEV (*volviéndose vivamente*). ¿Un verdadero revolucionario? ¿Por qué me tratas así? ¿Qué te hice yo?

STEPÁN. No me gustan los que entran en la revolución porque se aburren.

ÁNNENKOV. ¡Stepán!

STEPÁN (*se levanta y va hacia ellos*). Sí, soy brutal. Pero para mí, el odio no es un juego. No estamos aquí para admirarnos unos a otros. Estamos aquí para triunfar.

KALIÁEV (*con suavidad*). ¿Por qué me ofendes? ¿Quién te ha dicho que me aburro?

STEPÁN. No sé. Cambias las señales, te gusta hacer el papel de vendedor ambulante, recitas versos, quieres tirarte bajo las patas de los caballos, y ahora, lo del suicidio... (*Lo mira.*) No tengo confianza en ti.

KALIÁEV (*conteniéndose*). No me conoces, hermano. Yo amo la vida. No me aburro. Entré en la revolución porque amo la vida.

STEPÁN. Yo no amo la vida, sino la justicia, que está por encima de la vida.

KALIÁEV (*con visible esfuerzo*). Cada cual sirve a la justicia como puede. Hay que aceptar que seamos diferentes. Tenemos que querernos, si podemos hacerlo.

STEPÁN. No podemos.

KALIÁEV (*estallando*). ¿Y entonces qué haces con nosotros?

STEPÁN. He venido a matar a un hombre, no a quererlo ni a celebrar que sea diferente.

KALIÁEV (*violentemente*). No lo matarás tú solo, ni en nombre de nada. Lo matarás con nosotros y en nombre del pueblo ruso. Esa es tu justificación.

STEPÁN (*con el mismo tono*). No la necesito. Quedé justificado en una noche, y para siempre, hace tres años, en la cárcel. Y no soportaré...

ÁNNENKOV. ¡Basta! ¿Pero están locos? ¿Recuerdan quiénes somos? ¡Hermanos, confundidos unos con otros, dispuestos a ejecutar a los tiranos por la liberación del país! Matamos juntos, y nada puede separarnos. (*Silencio. Mira a ambos.*) Ven, Stepán, debemos convenir las señales... (*Stepán sale. A Kaliáev.*) No es nada. Stepán ha sufrido. Le hablaré.

KALIÁEV (*muy pálido*). Me ha ofendido, Boria.

(*Entra Dora.*)

DORA (*al ver a Kaliáev*). ¿Qué pasa?

ÁNNENKOV. Nada. (*Sale.*)

DORA (*a Kaliáev*). ¿Qué pasa?

KALIÁEV. Hemos reñido, ya. No me quiere.

(*Dora se sienta, en silencio. Pausa.*)

DORA. Creo que no quiere a nadie. Cuando todo haya terminado, será más feliz. No estás triste.

KALIÁEV. Estoy triste. Necesito que todos ustedes me quieran. He abandonado todo por la Organización. ¿Cómo soportar que mis hermanos se aparten de mí? A veces tengo la impresión de que no me comprenden. ¿Es mi culpa? Soy torpe, lo sé...

DORA. Ellos te quieren y te comprenden. Stepán es diferente.

KALIÁEV. No. Yo sé lo que piensa. Ya Schweitzer lo decía: “Demasiado extraordinario para ser revolucionario”. Yo quisiera explicarles que no soy extraordinario. Ellos me encuentran un poco loco, demasiado espontáneo. Sin embargo, creo como ellos en la idea. Como ellos, quiero sacrificarme. Yo también puedo ser hábil, taciturno, disimulado, eficaz. Sólo que la vida sigue pareciéndome maravillosa. ¡Amo la belleza, la felicidad! Es por eso que odio el despotismo. ¿Cómo explicárselos? ¡La revolución, por supuesto! Pero la revolución para la vida, para darle una chance a la vida, ¿comprendes?

DORA (*con ímpetu*). Sí... (*En voz más baja, luego de una pausa.*) Y sin embargo, vamos a dar muerte.

KALIÁEV. ¿Quiénes, nosotros? Ah, tú quieres decir... No es lo mismo. ¡Oh, no! No es lo mismo. ¡Además, matamos para construir un mundo en el que nadie mate nunca más! Aceptamos ser criminales para que la tierra se cubra al fin de inocentes.

DORA. ¿Y si no fuera así?

KALIÁEV. Cállate, sabes bien que es imposible. Stepán tendría razón, entonces. Y habría que escupir en la cara a la belleza.

DORA. Soy más vieja que tú en la Organización. Sé que nada es sencillo. Pero tú tienes fe... Todos nosotros necesitamos fe.

KALIÁEV. ¿Fe? No. Uno solo la tenía.

DORA. Tú tienes fuerza de ánimo. Y prescindirás de todo con tal de alcanzar el objetivo. ¿Por qué pediste arrojar la primera bomba?

KALIÁEV. ¿Se puede hablar de la acción terrorista sin participar en ella?

DORA. No.

KALIÁEV. Hay que estar en la primera línea.

DORA (*parece reflexionar*). Sí. Está la primera línea y está el último momento. Debemos pensar en ello. Ahí está el coraje, la exaltación que necesitamos... que necesitas.

KALIÁEV. Desde hace un año no pienso en otra cosa. Por ese momento he vivido hasta ahora. Y ahora sé que quisiera morir en el lugar, junto al gran duque. Perder mi sangre hasta la última gota, o bien arder de una sola vez, en la llama de la explosión, y no dejar nada detrás de mí. ¿Comprendes por qué pedí arrojar la bomba? Morir por la idea es la única manera de estar a la altura de ella. Es la justificación.

DORA. Yo también deseo esa muerte.

KALIÁEV. Sí, es una felicidad envidiable. De noche, a veces doy vueltas sobre mi jergón de vendedor ambulante. Un pensamiento me atormenta: nos han convertido en asesinos. Pero al mismo tiempo pienso que voy a morir, y entonces mi corazón se calma. Sonrío, mira tú, y me duermo como un niño.

DORA. Está bien así, Ianek. Matar o morir. Pero, en mi opinión, hay una felicidad aún más grande. (*Pausa. Kaliáev la mira. Ella baja los ojos.*) El cadalso.

KALIÁEV (*febrilmente*). Lo he pensado. Morir en el momento del atentado deja algo inacabado. Entre el atentado y el cadalso, por el contrario, hay toda una eternidad, quizás la única posible para el hombre.

DORA (*con voz apremiante, tomándole las manos*). Ese pensamiento debe ayudarte. Pagamos más de lo que debemos.

KALIÁEV. ¿Qué quieres decir?

DORA. Estamos obligados a matar, ¿no es así? ¿Sacrificamos deliberadamente una vida, una sola?

KALIÁEV. Sí.

DORA. Pero marchar al atentado y luego al cadalso es dar la vida dos veces. Pagamos más de lo que debemos.

KALIÁEV. Sí, es morir dos veces. Gracias, Dora. Nadie puede reprocharnos nada. Ahora estoy seguro de mí. (*Pausa.*) ¿Qué tienes, Dora? ¿No dices nada?

DORA. Quisiera ayudarte aún. Sólo que...

KALIÁEV. ¿Sólo qué?

DORA. No, estoy loca.

KALIÁEV. ¿Desconfías de mí?

DORA. Oh, no, querido, desconfío de mí. Desde que murió Schweitzer tengo a veces ideas raras. Además, no me corresponde a mí decirte lo que será difícil.

KALIÁEV. Me gusta lo difícil. Si me estimas, habla.

DORA (*mirándolo*). Lo sé. Tienes coraje. Eso es lo que me inquieta. Te ríes, te exaltas, vas al sacrificio lleno de fervor. Pero en unas horas habrá que abandonar este sueño y actuar. Quizás sea mejor hablar antes... para evitar una sorpresa, un desfallecimiento...

KALIÁEV. No tendré desfallecimientos. Di lo que piensas.

DORA. Pues bien, el atentado, el cadalso, morir dos veces, eso es lo más fácil. Tienes temple suficiente. Pero la primera línea... (*Se calla, lo mira y parece dudar.*) En la primera línea, lo verás...

KALIÁEV. ¿A quién?

DORA. Al gran duque.

KALIÁEV. Apenas un segundo.

DORA. ¡Un segundo en que lo mirarás! ¡Oh, Ianek, tienes que saberlo, hay que prevenirte! Un hombre es un hombre. El gran duque quizás tenga ojos compasivos. Tú lo verás rascándose la oreja o sonriendo alegremente. ¿Quién sabe? Quizás tenga una pequeña herida hecha con la navaja de afeitar. Y si te mira en ese momento...

KALIÁEV. No es a él a quien mato. Mato el despotismo.

DORA. Claro, claro. Hay que matar el despotismo. Yo prepararé la bomba y, al sellar el tubo, ya sabes, en el momento más difícil, cuando los nervios se tensan, tendré, sin embargo, una extraña dicha en el corazón. Pero no conozco al gran duque, y no sería tan fácil si, en ese momento, él estuviera sentado frente a mí. Pero tú lo vas a ver de cerca. Muy de cerca...

KALIÁEV (*con violencia*). No lo veré.

DORA. ¿Por qué? ¿Cerrarás los ojos?

KALIÁEV. No. Pero, Dios mediante, el odio me llegará en el momento justo y me cegará.
(*Golpean a la puerta. Una vez. Ambos se quedan quietos. Entran Stepán y Voinov. Voces en la antesala. Entra Ánnenkov.*)

ÁNNENKOV. Es el portero. El gran duque irá al teatro mañana. (*Los mira.*) Todo tiene que estar listo, Dora.

DORA (*con voz sorda*). Sí. (*Sale lentamente.*)

KALIÁEV (*mirándola salir, con voz suave, volviéndose hacia Stepán*). Lo mataré. ¡Con alegría!

TELÓN

SEGUNDO ACTO

Al día siguiente, por la noche. El mismo lugar.

(Ánnenkov está junto a la ventana. Dora cerca de la mesa.)

ÁNNENKOV. Están en sus puestos. Stepán ha prendido su cigarrillo.

DORA. ¿A qué hora debe pasar el gran duque?

ÁNNENKOV. De un momento a otro. Escucha. ¿No es una calesa? No.

DORA. Siéntate. Sé paciente.

ÁNNENKOV. ¿Y las bombas?

DORA. Siéntate. No podemos hacer nada más.

ÁNNENKOV. Sí. Envidiarlos.

DORA. Tu puesto es aquí. Eres el jefe.

ÁNNENKOV. Soy el jefe. Pero Ianek vale más que yo y es él quien quizá...

DORA. El riesgo es el mismo para todos. Para el que arroja la bomba y para el que no la arroja.

ÁNNENKOV. El riesgo al final es el mismo. Pero de momento, Ianek y Alexis están en la línea de fuego. Sé que no debo estar con ellos. A veces, sin embargo, temo que acepto con demasiada facilidad mi papel. Es cómodo, después de todo, verse forzado a no arrojar la bomba.

DORA. ¿Y aunque fuera eso? Lo esencial es que hagas lo que debes, y hasta el final.

ÁNNENKOV. ¡Qué tranquila estás!

DORA. No estoy tranquila, tengo miedo. Hace tres años que estoy con ustedes, dos años que fabrico bombas. He ejecutado todo y creo que no he olvidado nada.

ÁNNENKOV. Por supuesto, Dora.

DORA. Pues bien, hace tres años que tengo miedo, un miedo que apenas si te abandona cuando duermes, y que regresa bien fresco por la mañana. Así que tuve que acostumbrarme. Aprendí a estar tranquila en el momento que más miedo tengo. No hay de qué sentirse orgullosa.

ÁNNENKOV. Al contrario, siéntete orgullosa. Yo no he dominado nada. Sabes que añoro los días de antaño, la vida brillante, las mujeres... Sí, me gustaban las mujeres, el vino, esas noches que no acababan nunca.

DORA. Me imagino, Boria. Es por eso que te quiero tanto. Tu corazón no ha muerto. Aún desea el placer, pero eso es mejor que este horrible silencio que a veces se instala en el mismo lugar del grito.

ÁNNENKOV. ¿Qué dices? ¿Tú? ¿Acaso es posible?

DORA. Escucha. *(Dora se yergue bruscamente. Un ruido de calesa, después silencio.)* No. No es él. Mi corazón palpita. Ya ves, todavía no he aprendido nada.

ÁNNENKOV *(va hacia la ventana)*. Atención. Stepán hace una señal. Es él. *(Se oye, en efecto, el lejano rodar de una calesa que se aproxima más y más, pasa bajo las ventanas y comienza a alejarse. Largo silencio.)* En unos segundos... *(Escuchan.)* Qué largo se hace. *(Dora hace un gesto. Largo silencio. A lo lejos se oyen campanas.)* No es posible. Ianek ya tendría que haber arrojado su bomba... la calesa debe haber llegado al teatro. ¿Y Alexis? ¡Mira! Stepán vuelve sobre sus pasos y corre hacia el teatro.

DORA *(arrojándose sobre él)*. Han arrestado a Ianek. Lo han arrestado, seguro. Hay que hacer algo.

ÁNNENKOV. Espera. *(Escucha.)* No. Se acabó.

DORA. ¿Cómo ha sucedido? ¡Ianek arrestado sin haber hecho nada! Estaba dispuesto a todo, lo sé. Quería la prisión y el proceso. ¡Pero después de matar al gran duque! ¡No así, no, no así!

ÁNNENKOV *(mirando hacia fuera)*. ¡Voinov! ¡Rápido! *(Dora va a abrir. Entra Voinov, con la cara desencajada.)* Alexis, habla, rápido.

VOINOV. No sé nada. Yo esperaba la primera bomba. Vi que el coche tomaba el recodo y no pasó nada. Perdí la cabeza. Creí que a último momento habías cambiado nuestros planes, dudé. Y después corrí hacia aquí...

ÁNNENKOV. ¿Y Ianek?

VOINOV. No lo vi.

DORA. Lo arrestaron.

ÁNNENKOV *(siempre mirando hacia fuera)*. ¡Ahí está!

(El mismo juego escénico. Entra Kaliáev, con la cara cubierta de lágrimas.)

KALIÁEV *(extraviado)*. Hermanos, perdónenme. No pude.

(Dora se acerca a él y le toma la mano.)

DORA. No es nada.

ÁNNENKOV. ¿Qué pasó?

DORA *(a Kaliáev)*. No es nada. A veces, a último momento, todo se desmorona.

ÁNNENKOV. Pero no es posible.

DORA. Déjalo. No eres el único, Ianek. Schweitzer tampoco pudo la primera vez.

ÁNNENKOV. Ianek, ¿tuviste miedo?

KALIÁEV *(sobresaltado)*. Miedo, no. ¡No tienes derecho!

(Golpean la puerta con la señal convenida. Voinov sale tras una seña de Ánnenkov.)

Kaliáev está paralizado. Silencio. Entra Stepán.)

ÁNNENKOV. ¿Y bien?

STEPÁN. En la calesa del gran duque había niños.

ÁNNENKOV. ¿Niños?

STEPÁN. Sí, el sobrino y la sobrina del gran duque.

ÁNNENKOV. El gran duque debía estar solo, según Orlov.

STEPÁN. También iba la gran duquesa. Supongo que sería demasiada gente para nuestro poeta. Por suerte, los chivatos no vieron nada.

(Ánnenkov le habla en voz baja a Stepán. Todos miran a Kaliáev, que alza los ojos hacia a Stepán.)

KALIÁEV *(extraviado)*. No podía preverlo... Los niños, los niños sobre todo. ¿Has mirado a los niños? Esa mirada grave que tienen a veces... Jamás pude sostener esa mirada... Un segundo antes, en la sombra, en la esquina de la placita, estaba feliz. Cuando los faroles de la calesa comenzaron a brillar a lo lejos, mi corazón comenzó a palpitar de alegría, te lo juro. Palpitaba más y más fuerte a medida que el rodar de la calesa aumentaba. Hacía el mismo ruido dentro mío. Tenía ganas de abalanzarme. Creo que me reía. Y me decía: “sí, sí”... ¿Comprendes? *(Apara su mirada de Stepán y recobra su actitud abatida.)* Corrí hacia ella. Fue en ese momento que los vi. Ellos no se reían. Se mantenían todo erguidos y miraban al vacío. ¡Qué aire triste tenían! ¡Perdidos en sus atuendos de gala, con las manos sobre los muslos y el pecho firme, a cada lado de la puerta! No vi a la gran duquesa. Sólo los vi a ellos. Si me hubieran mirado, creo que habría arrojado la bomba. Al menos para apagar esa mirada triste. Pero ellos miraban todo el tiempo hacia delante. *(Levanta sus ojos hacia los otros. Pausa. Con voz más baja aún.)* Entonces no sé qué pasó. Mi brazo se aflojó. Mis piernas temblaban. Un segundo después, ya era demasiado tarde. *(Pausa. Mira al suelo.)* Dora, ¿lo soñé o me pareció que unas campanas sonaban en ese momento?

DORA. No, Ianek, no lo soñaste.

(Dora apoya la mano en el brazo de Kaliáev. Kaliáev vuelve a levantar la cabeza y ve que todos lo están mirando. Se levanta.)

KALIÁEV. Mírenme, hermanos; mírame, Boria, no soy un cobarde, no me eché atrás. No me los esperaba. Todo sucedió muy rápido. Esas dos caritas serias y, en mi mano, ese peso terrible. Era sobre ellos que tenía que arrojarlo. Así. Directo. ¡Oh, no! No pude *(Recorre con su mirada a cada uno.)* En otro tiempo, cuando conducía un coche en nuestra tierra, en Ucrania, iba como el viento, no tenía miedo de nada. De nada en el mundo, excepto de atropellar a un niño. Imaginaba el choque, esa cabeza frágil golpeando contra el camino, al vuelo... *(Se calla.)* Ayúdenme... *(Pausa.)* Me quería matar. Regresé porque pensaba que debía rendirles cuenta, que ustedes eran mis únicos jueces, que me dirían si tenía razón o estaba equivocado, que no podían equivocarse. Pero no dicen nada. *(Dora se acerca a él hasta tocarlo. Él los mira. Con voz apagada.)* Esto es lo que propongo. Si ustedes deciden que hay que matar a esos niños, aguardaré a la salida del teatro y arrojaré yo solo la bomba contra la calesa. Sé que no erraré el blanco. Solamente decidan, yo obedeceré a la Organización.

STEPÁN. La Organización te había ordenado matar al gran duque.

KALIÁEV. Es cierto. Pero no me había ordenado asesinar niños.

ÁNNENKOV. Ianek tiene razón. Eso no estaba previsto.

STEPÁN. Él tenía que obedecer.

ÁNNENKOV. Yo soy el responsable. Era necesario que todo estuviera previsto y que nadie pudiera dudar de lo que tenía que hacer. Sólo tenemos que decidir si dejamos escapar definitivamente esta ocasión o si ordenamos a Ianek que aguarde a la salida del teatro. ¿Alexis?

VOINOV. No sé. Creo que habría hecho lo mismo que Ianek. Pero no estoy seguro de mí. (*En voz más baja.*) Mis manos están temblando.

ÁNNENKOV. ¿Dora?

DORA (*con violencia*). Yo me habría echado atrás, como Ianek. ¿Puedo aconsejarle a los demás lo que yo misma no podría hacer?

STEPÁN. ¿Pero ustedes se dan cuenta de lo que significa esta decisión? Dos meses de vigilancia, de terribles peligros corridos y evitados, dos meses perdidos para siempre. Egor arrestado por nada. Rikov colgado por nada. ¿Y habría que empezar de nuevo? ¿Otra vez largas semanas de vigilia y de ardides, de constante tensión, antes de hallar la ocasión propicia? ¿Están locos?

ÁNNENKOV. Dentro de dos días, el gran duque volverá al teatro, lo sabes bien.

STEPÁN. Dos días en que nos arriesgamos a ser detenidos, tú mismo lo has dicho.

KALIÁEV. Voy.

DORA. ¡Espera! (*A Stepán.*) ¿Tú podrías, Stepán, disparar a quemarropa a un niño con los ojos abiertos?

STEPÁN. Podría si la Organización me lo ordenara.

DORA. ¿Por qué cierras los ojos?

STEPÁN. ¿Yo? ¿Yo cerré los ojos?

DORA. Sí.

STEPÁN. Bueno, era para imaginar mejor la escena y responder con conocimiento de causa.

DORA. Abre los ojos y comprende que la organización perdería sus poderes y su influencia si tolerara, por un solo momento, que nuestras bombas masacraran niños.

STEPÁN. No tengo suficiente corazón para esas bobadas. El día en que nos decidamos a olvidar a los niños, seremos los amos del mundo y la revolución triunfará.

DORA. Ese día la humanidad entera odiará la revolución.

STEPÁN. Qué importa, si la amamos con fuerza suficiente como para imponerla a la humanidad entera y salvarla de sí misma y de su esclavitud.

DORA. ¿Y si la humanidad entera rechaza la revolución? ¿Y si el pueblo entero, por el que luchas, se niega a que maten a sus hijos? ¿Habrá que golpearlo también?

STEPÁN. Si hace falta, sí, hasta que comprenda. Yo también amo al pueblo.

DORA. El amor no tiene esa cara.

STEPÁN. ¿Quién lo dice?

DORA. Yo, Dora.

STEPÁN. Eres mujer y tienes una idea desdichada del amor.

DORA (*con violencia*). Pero tengo una idea justa de lo que es la vergüenza.

STEPÁN. Una sola vez tuve vergüenza de mí mismo, y por culpa de otros. Cuando me azotaron. Porque me azotaron. Con el látigo, ¿saben lo que es eso? Vera estaba cerca de mí y se suicidó en señal de protesta. Yo quedé vivo. ¿De qué voy a tener vergüenza, ahora?

ÁNNENKOV. Stepán, todo el mundo aquí te quiere y te respeta. Pero sean cuales sean tus razones, no puedo dejar que digas que todo está permitido. Cientos de nuestros hermanos han muerto para que se sepa que no todo está permitido.

STEPÁN. Nada de lo que pueda servir a nuestra causa está prohibido.

ÁNNENKOV (*con cólera*). ¿Está permitido entrar en la policía y jugar a dos bandos, como lo proponía Evno? ¿Tú lo harías?

STEPÁN. Sí, si fuera necesario.

ÁNNENKOV (*levantándose*). Stepán, olvidaremos lo que acabas de decir en consideración a lo que has hecho por nosotros y con nosotros. Sólo recuerda esto. Se trata de saber si, en unos momentos, arrojamos bombas contra esos dos niños.

STEPÁN. ¡Niños! Es la única palabra que tienen en la boca. ¿Pero entonces no comprenden nada? Porque Ianek no mató a esos dos, miles de niños rusos morirán de hambre durante años. ¿Han visto a los niños morir de hambre? Yo sí. Y la muerte por una bomba es un encanto al lado de esa. Pero Ianek no los ha visto. Sólo ha visto a los dos perros sabios del gran duque. ¿Acaso no son hombres ustedes? ¿Sólo viven el instante? Entonces elijan la caridad y curen solamente el mal de cada día, no elijan la revolución, que quiere curar todos los males presentes y futuros.

DORA. Ianek acepta matar al gran duque ya que su muerte puede anticipar el tiempo en que los niños rusos no mueran más de hambre. Ya eso no es fácil. Pero la muerte de los sobrinos del gran duque no impedirá que ningún niño se muera de hambre. Hasta en la destrucción hay un orden, hay límites.

STEPÁN (*violentemente*). No hay límites. La verdad es que ustedes no creen en la revolución. (*Todos se levantan, salvo Ianek.*) No creen. Si creyeran del todo, completamente, si estuvieran seguros de que con nuestros sacrificios y nuestras victorias llegaremos a construir una Rusia liberada del despotismo, una tierra de libertad que acabará por cubrir el mundo entero, si no dudaran de que entonces el hombre, liberado de sus amos y de sus prejuicios, alzaría al cielo la cara de los verdaderos dioses, ¿qué pesaría la muerte de dos niños? Reconocerían que los asisten todos los derechos, todos, como lo oyen. Y si esta muerte los detiene, quiere decir que no están seguros de estar en su derecho. Ustedes no creen en la revolución.

(*Pausa. Kaliáev se levanta.*)

KALIÁEV. Stepán, me avergüenzo de mí y, sin embargo, no dejaré que continúes. Acepté matar para voltear el despotismo. Pero detrás de lo que dices, veo anunciarse un despotismo que, si alguna vez llegara a instalarse, hará de mí un asesino cuando trato de ser un justiciero.

STEPÁN. ¿Qué importa que no seas un justiciero si se hace justicia, aunque sea por asesinos? Tú y yo no somos nada.

KALIÁEV. Somos algo y lo sabes bien, ya que es en nombre de tu orgullo que hablas aún hoy.

STEPÁN. Mi orgullo no me concierne más que a mí. Pero el orgullo de los hombres, su rebeldía, la injusticia en que viven, es asunto de todos nosotros.

KALIÁEV. Los hombres no viven sólo de justicia.

STEPÁN. Cuando les roban el pan, ¿de qué podrían vivir, sino de justicia?

KALIÁEV. De justicia y de inocencia.

STEPÁN. ¿Inocencia? Quizás la conozco. Pero preferí ignorarla y hacérsela ignorar a miles de hombres para que un día adquiriera un sentido más grande.

KALIÁEV. Hace falta estar muy seguro de que ese día llegará para negar todo lo que hace que un hombre consienta en vivir.

STEPÁN. Yo estoy seguro.

KALIÁEV. No puedes estarlo. Para saber quién de los dos, tú o yo, tiene razón, hará falta quizá el sacrificio de tres generaciones, varias guerras, revoluciones terribles. Cuando esa lluvia de sangre se haya secado sobre la tierra, tú y yo llevaremos ya mucho tiempo mezclados en el polvo.

STEPÁN. Otros vendrán entonces, y los saludo como a hermanos.

KALIÁEV (*gritando*). Otros... ¡Sí! Pero yo quiero a los que viven hoy en la misma tierra que yo, y es a ellos a quienes saludo. Es por ellos que lucho y consiento en morir. Y por una ciudad lejana de la que no estoy seguro no iré a golpear la cara de mis hermanos. No iré a aumentar la injusticia viviente por una justicia muerta. (*En voz más baja, pero con firmeza.*) Hermanos, quiero hablarles francamente y decirles al menos lo que podría decir el más simple de nuestros campesinos: matar niños es contrario al honor. Y si un día, en vida mía, la revolución tuviera que separarse del honor, yo le daría la espalda. Si ustedes lo deciden, iré en un instante a la salida del teatro, pero me tiraré bajo los caballos.

STEPÁN. El honor es un lujo reservado a los que tienen calesas.

KALIÁEV. No. Es la última riqueza del pobre. Tú lo sabes bien, y sabes también que hay un honor en la revolución. Es por el que aceptamos morir. Es el que un día te alzó bajo el látigo, Stepán, y el que te hace hablar aún hoy.

STEPÁN (*gritando*). Cállate. Te prohíbo que hables de eso.

KALIÁEV (*arrebatado*). ¿Por qué habría de callarme? Te dejé decir que yo no creía en la revolución. Eso era como decirme que soy capaz de matar al gran duque por nada, que era un asesino. Te lo dejé decir y no te pegué.

ÁNNENKOV. ¡Janek!

STEPÁN. A veces no matar lo suficiente es matar por nada.

ÁNNENKOV. Stepán, aquí nadie comparte tu opinión. La decisión está tomada.

STEPÁN. Me inclino, entonces. Pero repetiré que el terror no es para los delicados. Somos asesinos y hemos escogido serlo.

KALIÁEV (*fuera de sí*). No. Yo elegí morir para que el asesinato no triunfe. Elegí ser inocente.

ÁNNENKOV. ¡Janek y Stepán, basta! La Organización decide que el asesinato de esos niños es inútil. Hay que retomar la vigilancia. Debemos estar listos para empezar de nuevo dentro de dos días.

STEPÁN. ¿Y si los niños siguen allí?

ÁNNENKOV. Esperaremos una nueva ocasión.

STEPÁN. ¿Y si la gran duquesa acompaña al gran duque?

KALIÁEV. No la perdonaré.

ÁNNENKOV. Escuchen.

(Ruido de una calesa. Kaliáev se dirige irresistiblemente hacia la ventana. Los otros esperan. La calesa se aproxima, pasa bajo las ventanas y desaparece.)

VOINOV (*mirando a Dora, que va hacia él*). A empezar de nuevo, Dora...

STEPÁN (*con desprecio*). Sí, Alexis, a empezar de nuevo... ¡Pero hay que hacer algo por el honor!

TELÓN

TERCER ACTO

Mismo lugar, misma hora, dos días después.

STEPÁN. ¿Qué hace Voinov? Debería estar aquí.

ÁNNENKOV. Necesita dormir. Y todavía tenemos media hora por delante.

STEPÁN. Puedo ir a buscar novedades.

ÁNNENKOV. No. Hay que limitar los riesgos. *(Pausa.)* Ianek, ¿por qué no dices nada?

KALIÁEV. No tengo nada que decir. No te preocupes. *(Llaman a la puerta.)* Ahí está.

(Entra Voinov.)

ÁNNENKOV. ¿Has dormido?

VOINOV. Un poco, sí.

ÁNNENKOV. ¿Has dormido toda la noche?

VOINOV. No.

ÁNNENKOV. Hacía falta. Hay medios.

VOINOV. Lo intenté. Estaba demasiado cansado.

ÁNNENKOV. Te tiemblan las manos.

VOINOV. No. *(Todos lo miran.)* ¿Qué tienen que mirarme? ¿No se puede estar cansado?

ÁNNENKOV. Se puede estar cansado. Pensamos en ti.

VOINOV *(con repentina violencia)*. Había que pensarlo anteayer. Si hubiéramos arrojado la bomba hace dos días, no estaríamos más fatigados.

KALIÁEV. Perdóname, Alexis. Puse las cosas más difíciles.

VOINOV *(en voz más baja)*. ¿Quién dice eso? ¿Por qué más difíciles? Estoy cansado, eso es todo.

DORA. Todo irá rápido ahora. En una hora todo habrá acabado.

VOINOV. Sí, habrá acabado. En una hora... *(Mira en torno suyo. Dora va hacia él y le toma la mano. Se deja tomar la mano, después la quita con violencia.)* Boria, quisiera hablarte.

ÁNNENKOV. ¿A solas?

VOINOV. A solas.

(Se miran. Kaliáev, Dora y Stepán salen.)

ÁNNENKOV. ¿Qué pasa? *(Voinov se calla.)* Dímelo, te lo ruego.

VOINOV. Tengo vergüenza, Boria. *(Pausa.)* Tengo vergüenza. Debo decirte la verdad.

ÁNNENKOV. ¿No quieres arrojar la bomba?

VOINOV. No podré arrojarla.

ÁNNENKOV. ¿Tienes miedo? ¿No es más que eso? No es ninguna vergüenza.

VOINOV. Tengo miedo y me da vergüenza tener miedo.

ÁNNENKOV. Pero anteayer estabas alegre y fuerte. Cuando saliste, tus ojos brillaban.

VOINOV. Siempre he tenido miedo. Anteayer me había hecho de coraje, eso es todo. Cuando oí la calesa rodar a lo lejos, me dije: “¡Vamos! Apenas un minuto.” Apretaba los dientes. Todos mis músculos estaban tensos. Iba a arrojar la bomba con tanta violencia como si ella debiera matar al gran duque sólo con el impacto. Esperaba la primera explosión para hacer estallar toda esa fuerza acumulada en mí. Y después, nada. La calesa llegó hasta mí. ¡Qué rápido rodaba! Pasó de largo. Entonces comprendí que Ianek no había arrojado la bomba. En ese momento, me sobrecogió un frío terrible. Y de repente, me sentí débil como un niño.

ÁNNENKOV. No era nada, Alexis. La vida refluye enseguida.

VOINOV. Hace dos días que la vida no regresa. Te he mentado recién, no he dormido anoche. Mi corazón palpitaba demasiado fuerte. ¡Oh, Boria, estoy desesperado!

ÁNNENKOV. No debes estarlo. Todos hemos estado como tú. No arrojarás la bomba. Un mes de descanso en Finlandia y volverás con nosotros.

VOINOV. No. Se trata de otra cosa. Si no arrojó la bomba ahora, no la arrojaré nunca.

ÁNNENKOV. ¿Y eso cómo?

VOINOV. No estoy hecho para el terror. Ahora lo sé. Será mejor que los deje. Militaré en los comités, en la propaganda.

ÁNNENKOV. Los riesgos son los mismos.

VOINOV. Sí, pero se puede actuar con los ojos cerrados. No se sabe nada.

ÁNNENKOV. ¿Qué quieres decir?

VOINOV (*febrilmente*). No se sabe nada. Es fácil tener reuniones, discutir la situación y transmitir después la orden a ejecutar. Se arriesga la vida, por supuesto, pero a tuestas, sin ver nada. Mientras que mantenerse de pie cuando la noche cae sobre la ciudad, en medio de la multitud de los que apuran el paso para encontrar la sopa caliente, los hijos, el calor de una mujer, mantenerse de pie y mudo, con el peso de la bomba en la mano, y saber que dentro de tres minutos, dentro de dos minutos, dentro de unos segundos, te lanzarás al encuentro de una calesa relumbrante, eso es el terror. Y ahora sé que no podré empezar de nuevo sin sentirme privado de mi sangre. Sí, tengo vergüenza. Apunté demasiado alto. Es necesario que trabaje en mi puesto. Un puestito pequeño. El único del que soy digno.

ÁNNENKOV. No hay puestos pequeños. Al final siempre están la prisión y la horca.

VOINOV. Pero no se las ve como se ve a quien se va a matar. Hay que imaginarlas. Por suerte, yo no tengo imaginación. (*Ríe nerviosamente.*) Nunca he llegado a creer verdaderamente en la policía secreta. Es extraño en un terrorista, ¿no? A la primera patada en el vientre, creeré. Antes, no.

ÁNNENKOV. ¿Y una vez en prisión? En prisión se sabe y se ve. No hay más olvido.

VOINOV. En prisión no hay decisión que tomar. Sí, es eso, ¡no tomar más decisiones! No tener que decirse más: “Vamos, te toca a ti, tú, tú decides el segundo en que vas a arrojarte”. Ahora estoy seguro de que, si me arrestan, no intentaré fugarme. Además para

fugarse se necesita inventiva, hay que tomar la iniciativa. Si uno no se fuga, son los otros los que mantienen la iniciativa. Ellos cargan con todo el trabajo.

ÁNNENKOV. A veces trabajan para colgarte.

VOINOV (*con desesperación*). A veces. Pero me será más fácil morir que llevar mi vida y la de otro en la mano y decidir el momento en que arrojaré esas dos vidas a las llamas. No, Boria, la única manera que tengo de redimirme es aceptar lo que soy. (*Ánnenkov guarda silencio.*) Incluso los cobardes pueden servir a la revolución. Basta con encontrarles su puesto.

ÁNNENKOV. Entonces todos somos cobardes. Pero no tenemos siempre la ocasión de comprobarlo. Haz lo que quieras.

VOINOV. Prefiero marcharme ahora mismo. Me parece que no podré mirarlos a la cara. Pero tú les contarás.

ÁNNENKOV. Yo les contaré. (*Se acerca a Voinov.*)

VOINOV. Dile a Ianek que no es mi culpa. Y que lo quiero igual que a todos ustedes.

(*Pausa. Ánnenkov le da un abrazo.*)

ÁNNENKOV. Adiós, hermano. Todo acabará. Rusia será feliz.

VOINOV (*huyendo*). Oh, sí. ¡Que sea feliz! ¡Que sea feliz!

(*Ánnenkov va hacia la puerta.*)

ÁNNENKOV. Vengan.

(*Entran todos con Dora.*)

STEPÁN. ¿Qué pasa?

ÁNNENKOV. Voinov no arrojará la bomba. Está agotado. No sería seguro.

KALIÁEV. Es por mi culpa, ¿verdad, Boria?

ÁNNENKOV. Manda decir que te quiere.

KALIÁEV. ¿Lo volveremos a ver?

ÁNNENKOV. Puede ser. Por ahora nos deja.

STEPÁN. ¿Por qué?

ÁNNENKOV. Será más útil en los Comités.

STEPÁN. ¿Lo ha pedido él? ¿Así que tiene miedo?

ÁNNENKOV. No. Lo he decidido todo yo.

STEPÁN. ¿Nos privas de un hombre a una hora del atentado?

ÁNNENKOV. He tenido que decidir solo a una hora del atentado. Es demasiado tarde para discutir. Tomaré el lugar de Voinov.

STEPÁN. Me toca a mí por derecho.

KALIÁEV (*a Ánnenkov*). Tú eres el jefe. Tu deber es quedarte aquí.

ÁNNENKOV. Un jefe tiene a veces el deber de ser cobarde. Pero a condición de poner a prueba su firmeza, si se presenta la ocasión. Mi decisión está tomada. Stepán, tú me reemplazarás durante el tiempo que sea necesario. Ven, debes conocer las instrucciones.

(*Salen. Kaliáev se sienta. Dora se acerca a él y le tiende una mano, pero se echa atrás.*)

DORA. No es tu culpa.

KALIÁEV. Le hice daño, mucho daño. ¿Sabes lo que me decía el otro día?

DORA. Repetía sin cesar que era feliz.

KALIÁEV. Sí, pero me dijo que no había felicidad para él fuera de nuestra comunidad. “Estamos nosotros, decía, la Organización. Y después, no hay nada. Es una orden de caballeros.” ¡Qué lástima, Dora!

DORA. Volverá.

KALIÁEV. No. Imagino lo que sentiría en su lugar. Estaría desesperado.

DORA. ¿Y ahora no lo estás?

KALIÁEV (*con tristeza*). ¿Ahora? Estoy con ustedes y soy feliz como lo era él.

DORA (*lentamente*). Es una gran felicidad.

KALIÁEV. Es una felicidad muy grande. ¿No piensas como yo?

DORA. Pienso como tú. Entonces, ¿por qué estás triste? Hace dos días tu cara resplandecía. Parecía que ibas a una gran fiesta. Hoy...

KALIÁEV (*levantándose, presa de una gran agitación*). Hoy sé lo que no sabía. Tenías razón, no es tan sencillo. Creía que matar era fácil, que bastaba la idea, y el coraje. Pero no soy tan grande y ahora sé que no hay felicidad en el odio. Todo este mal, todo este mal, en mí y en los otros. El asesinato, la cobardía, la injusticia... Oh, es necesario, es necesario que lo mate... ¡Pero iré hasta el fin! ¡Más lejos que el odio!

DORA. ¿Más lejos? No hay nada.

KALIÁEV. Está el amor.

DORA. ¿El amor? No, no es eso lo que hace falta.

KALIÁEV. Oh, Dora, cómo dices tú eso, a mí, que conozco tu corazón...

DORA. Hay demasiada sangre, demasiada violencia. Los que aman verdaderamente la justicia no tienen derecho al amor. Están erguidos como yo, con la cabeza en alto, con los ojos fijos. ¿Qué podría hacer el amor en esos corazones orgullosos? El amor inclina suavemente las cabezas, Ianek. Nosotros tenemos la nuca rígida.

KALIÁEV. Pero nosotros amamos nuestro pueblo.

DORA. Lo amamos, es verdad. Lo amamos con un vasto amor sin apoyo, con un amor desgraciado. Vivimos lejos de él, encerrados en nuestros cuartos, perdidos en nuestros pensamientos. Y el pueblo, ¿nos ama a nosotros? ¿Sabe que lo amamos? El pueblo calla. Qué silencio, qué silencio...

KALIÁEV. Pero eso es el amor, dar todo, sacrificar todo sin esperar nada a cambio.

DORA. Puede ser. Es el amor absoluto, la alegría pura y solitaria lo que me abraza en realidad. Hay momentos, sin embargo, en que me pregunto si el amor no es otra cosa, si puede dejar de ser un monólogo, y si no hay una respuesta a veces. Yo imagino esto, mira: el sol brilla, las cabezas se inclinan suavemente, el corazón se desprende de su orgullo, los brazos se abren. ¡Ah! Ianek, si se pudiera olvidar, aunque más no fuera por una hora, la atroz miseria de este mundo y dejarse por fin llevar. Una sola horita de egoísmo, ¿puedes concebirlo?

KALIÁEV. Sí, Dora, eso se llama ternura.

DORA. Lo adivinas todo, querido, eso se llama ternura. Pero ¿la conoces de verdad? ¿Amas a la justicia con ternura? (*Kaliáev guarda silencio.*) ¿Amas a nuestro pueblo con ese abandono y esa dulzura o, al contrario, con la llama de la venganza y de la rebeldía? (*Kaliáev permanece en silencio.*) Ya ves. (*Va hacia él, en un tono muy débil.*) Y a mí, ¿me amas con ternura?

(*Kaliáev la mira.*)

KALIÁEV (*luego de una pausa*). Nadie te amará jamás como yo te amo.

DORA. Lo sé. Pero ¿no es mejor amar como todo el mundo?

KALIÁEV. Yo no soy cualquiera. Te amo como soy.

DORA. ¿Me amas más que a la justicia, más que a la Organización?

KALIÁEV. No te separo de la Organización y la justicia.

DORA. Sí, pero respóndeme, te lo suplico, respóndeme. ¿Me amas en la soledad, con ternura, con egoísmo? ¿Me amarías si fuera injusta?

KALIÁEV. Si fueras injusta y pudiera amarte, no eres tú a quien amaría.

DORA. No respondes. Dime solamente, ¿me amarías si yo no estuviera en la Organización?

KALIÁEV. ¿Y dónde estarías?

DORA. Me acuerdo de la época en que estudiaba. Me reía. Era bella entonces. Me pasaba las horas paseando y soñando. ¿Me amarías si fuera ligera y despreocupada?

KALIÁEV (*dudando, en voz muy baja*). Me muero de ganas de decirte que sí.

DORA (*gritando*). Entonces dí que sí, querido, si lo piensas y es verdad. Sí, en la cara de la justicia, ante la miseria y el pueblo encadenado. Sí, sí, te lo suplico, a pesar de la agonía de los niños, a pesar de los ahorcados y los azotados hasta morir...

KALIÁEV. Cállate, Dora.

DORA. No, siquiera una vez hay que dejar hablar al corazón. Espero que me llames, a mí, Dora, que me llames por encima de este mundo envenenado de injusticia...

KALIÁEV (*bruscamente*). Cállate. Mi corazón no me habla más que de ti. Pero en unos momentos no deberé temblar.

DORA (*extraviada*). ¿En unos momentos? Sí, lo olvidaba... (*Ríe como si llorara.*) No, está muy bien, querido. No te enojés, no he sido razonable. Es el cansancio. Yo tampoco habría podido decirlo. Yo te amo con el mismo amor un poco fijo, en la justicia y las prisiones. El verano, Ianek, ¿lo recuerdas? Pero no, es el eterno invierno. No somos de este mundo, somos justos. Hay un calor que no es para nosotros. (*Volviéndose.*) ¡Ah, piedad para los justos!

KALIÁEV (*mirándola con desesperación*). Sí, esa es nuestra suerte, el amor es imposible. Pero mataré al gran duque y entonces habrá una paz tanto para ti como para mí.

DORA. ¡La paz! ¿Cuándo la encontraremos?

KALIÁEV (*con violencia*). Al día siguiente.

(*Entran Ánnenkov y Stepán. Dora y Kaliáev se apartan uno del otro.*)

ÁNNENKOV. ¡Ianek!

KALIÁEV. Enseguida. (*Respira profundamente.*) Por fin, por fin...

STEPÁN (*acercándose a él*). Adiós, hermano, estoy contigo.

KALIÁEV. Adiós, Stepán. (*Se vuelve hacia Dora.*) Adiós, Dora.

(*Dora se acerca a él. Quedan muy cerca uno del otro, pero no se tocan.*)

DORA. No, adiós no. Hasta pronto. Hasta pronto, querido. Volveremos a encontrarnos.

(*Él la mira. Pausa.*)

KALIÁEV. Hasta pronto. Yo... Rusia será hermosa.

DORA (*entre lágrimas*). Rusia será hermosa.

(*Kaliáev se persigna delante del icono. Sale con Ánnenkov. Stepán se dirige a la ventana.*)

(*Dora no se mueve, mirando todo el tiempo la puerta.*)

STEPÁN. Qué derecho camina. Estaba equivocado, ya ves, en no confiar en Ianek. No me gustaba su entusiasmo. Se ha persignado, ¿has visto? ¿Es creyente?

DORA. No practica.

STEPÁN. Tiene un alma religiosa, no obstante. Eso era lo que nos separaba. Yo soy más áspero que él, lo sé. Para los que no creemos en Dios, es toda la justicia o la desesperación.

DORA. Para él, la justicia misma es desesperante.

STEPÁN. Sí, un alma débil. Pero la mano es fuerte. Él vale más que su alma. Lo matará, seguro. Eso está bien, muy bien. Destruir, eso es lo que hace falta. ¿Pero no dices nada? *(La examina.)* ¿Lo amas?

DORA. Para amar se necesita tiempo. Nosotros apenas si tenemos tiempo para la justicia.

STEPÁN. Tienes razón. Hay demasiado por hacer; hay que demoler este mundo de arriba abajo... Después... *(Mirando por la ventana.)* No los veo más, han llegado.

DORA. Después...

STEPÁN. Nos amaremos.

DORA. Si seguimos aquí.

STEPÁN. Otros se amarán. Es lo mismo.

DORA. Stepán, di “el odio”

STEPÁN. ¿Cómo?

DORA. Estas dos palabras, “el odio”, pronúncialas.

STEPÁN. El odio.

DORA. Está bien. Ianek las pronunciaba muy mal.

STEPÁN *(luego de una pausa, acercándose a ella)*. Entiendo: me desprecias. ¿Pero estás segura de tener razón? *(Una pausa, con violencia creciente.)* Todos ustedes están aquí regateando lo que hacen en nombre del innoble amor. ¡Pero yo no amo nada y odio, sí, odio a mis semejantes! ¿Qué me importa su amor? Lo conocí en la cárcel, hace tres años. Y desde entonces lo llevo conmigo. ¿Tú querrías que me enterneciera y cargara la bomba como una cruz? ¡No! ¡No! He ido demasiado lejos, sé demasiadas cosas... Mira... *(Desgarra su camisa. Dora hace un ademán de acercársele. Se echa atrás al ver las marcas del látigo.)* ¡Son las marcas! ¡Las marcas de su amor! ¿Me desprecias ahora?

(Dora va hacia él y lo besa bruscamente.)

DORA. ¿Quién puede despreciar el dolor? Te quiero también.

STEPÁN *(mirándola, con voz sorda)*. Perdóname, Dora. *(Pausa. Volviéndose.)* Puede ser el cansancio. Años de lucha, angustia, los chivatos, la cárcel... y para terminar, esto. *(Muestra las marcas.)* ¿Dónde encontraré yo fuerzas para amar? Al menos me quedan para odiar. Es mejor que no sentir nada.

DORA. Sí, es mejor.

(Él la mira. Dan las siete.)

STEPÁN *(volviéndose bruscamente)*. Va a pasar el gran duque.

(Dora va hacia la ventana y apoya la cara contra los vidrios. Largo silencio. Después, a lo lejos, se oye una calesa. Se aproxima, pasa.)

STEPÁN. Si está solo... *(La calesa se aleja. Una terrible explosión. Dora se sobresalta y se cubre la cara con las manos. Largo silencio.)*

STEPÁN. ¡Boria no ha arrojado su bomba! Ianek lo ha logrado. ¡Lo ha logrado! ¡Oh pueblo! ¡Oh alegría!

DORA (*echándose sobre él, bañada en lágrimas*). ¡Nosotros lo hemos matado! ¡Nosotros lo hemos matado! Yo lo he matado.

STEPÁN (*gritando*). ¿A quién hemos matado? ¿A Ianek?

DORA. Al gran duque.

TELÓN

CUARTO ACTO

Una celda en la Torre Pugachov de la prisión Butirki. La mañana.

(Cuando se levanta el telón, Kaliáev está en su celda y mira la puerta. Entran un guardián y un prisionero, que lleva un balde.)

EL GUARDIÁN. Limpia. Y rápido.

(Va y se sitúa junto a la ventana. Foká comienza a limpiar sin mirar a Kaliáev. Pausa.)

KALIÁEV. ¿Cómo te llamas, hermano?

FOKÁ. Foká.

KALIÁEV. ¿Estás condenado?

FOKÁ. Así parece.

KALIÁEV. ¿Qué hiciste?

FOKÁ. Maté.

KALIÁEV. ¿Tenías hambre?

EL GUARDIÁN. Más bajo.

KALIÁEV. ¿Cómo?

EL GUARDIÁN. Más bajo. Los deajo hablar a pesar de la consigna. Así que habla más bajo. Imita al viejo.

KALIÁEV. ¿Tenías hambre?

FOKÁ. No, tenía sed.

KALIÁEV. ¿Y entonces?

FOKÁ. Entonces había un hacha. Lo destrocé todo. Parece que maté a tres. *(Kaliáev lo mira.)* Y bien, señor, ¿no me llamas más hermano? ¿Te has enfriado?

KALIÁEV. No. Yo también maté.

FOKÁ. ¿A cuántos?

KALIÁEV. Te lo diré, hermano, si quieres. Pero respóndeme, te arrepientes de lo que pasó, ¿verdad?

FOKÁ. Por supuesto, veinte años es caro. Te dejan remordimientos.

KALIÁEV. Veinte años. Entro aquí a los veintitrés años y salgo con los cabellos grises.

FOKÁ. ¡Oh! Quizás a ti te vaya mejor. Un juez tiene sus altibajos. Depende de si está casado, y con quién. Además eres noble. No es la misma tarifa que para los pobres diablos. Saldrás adelante.

KALIÁEV. No creo. Y no quiero. No podría soportar la vergüenza durante veinte años.

FOKÁ. ¿La vergüenza? ¿Qué vergüenza? En fin, son ideas de noble. ¿A cuántos mataste?

KALIAEV. A uno solo.

FOKÁ. ¿Qué dices? Eso no es nada.

KALIÁEV. Maté al gran duque Serguéi.

FOKÁ. ¿Al gran duque? ¡Eh!, te pasaste de la raya. ¡Miren a estos nobles! Es grave, ¿no?

KALIÁEV. Es grave. Pero era necesario.

FOKÁ. ¿Por qué? ¿Vivías en la corte? Una historia de mujeres, ¿no? Tan guapo como eres...

KALIÁEV. Soy socialista.

EL GUARDIÁN. Más bajo.

KALIÁEV (*más alto*). Soy socialista revolucionario.

FOKÁ. Vaya una historia. ¿Y qué necesidad tenías de ser lo que dices? No tenías más que quedarte tranquilo y todo habría sido para mejor. La tierra está hecha para los nobles.

KALIÁEV. No, está hecha para ti. Hay demasiada miseria y demasiados crímenes. Cuando haya menos miseria, habrá menos crímenes. Si la tierra fuera libre, tú no estarías aquí.

FOKÁ. Sí y no. En fin, libre o no, nunca es bueno beber un trago de más.

KALIÁEV. Nunca es bueno. Sólo se bebe porque se está humillado. Vendrá un tiempo en que beber no será útil, en que nadie tendrá más vergüenza, ni el noble ni el pobre diablo. Seremos todos hermanos y la justicia hará transparentes a nuestros corazones. ¿Sabes de lo que te estoy hablando?

FOKÁ. Sí, del reino de Dios.

EL GUARDIÁN. Más bajo.

KALIÁEV. No hay que decir eso, hermano. Dios no puede nada. ¡La justicia es asunto nuestro! (*Pausa.*) ¿No lo comprendes? ¿Conoces la leyenda de San Dmitri?

FOKÁ. No.

KALIÁEV. Tenía cita en la estepa con el mismo Dios, e iba allí apurado cuando se encontró un campesino cuyo carro estaba encenagado. Entonces San Dmitri lo ayudó. El fango era espeso, el hoyo profundo. Hubo que batallar durante una hora. Y cuando hubo terminado, San Dmitri corrió a la cita. Pero Dios ya no estaba allí.

FOKÁ. ¿Y entonces?

KALIÁEV. Y entonces están los que llegan siempre tarde a la cita porque hay demasiadas carretas encenagadas y demasiados hermanos para socorrer. (*Foká retrocede.*) ¿Qué pasa?

EL GUARDIÁN. Más bajo. Y tú, viejo, apúrate.

FOKÁ. Desconfío. Todo esto no es normal. Nadie tiene la idea de hacerse meter en prisión por historias de santos y de carretas. Y además, hay otra cosa...

(*El guardián se ríe.*)

KALIÁEV (*mirándolo*). ¿Qué?

FOKÁ. ¿Qué les hacen a los que matan a los grandes duques?

KALIÁEV. Los cuelgan.

FOKÁ. ¡Ah!

(Y se marcha, mientras el guardián ríe más fuerte.)

KALIÁEV. Quédate. ¿Qué te he hecho?

FOKÁ. No me has hecho nada. Por más noble que seas, no quiero engañarte. Una cosa es charlar, pasar el tiempo así, pero si te van a ahorcar, no está bien.

KALIÁEV. ¿Por qué?

EL GUARDIÁN *(riendo)*. Vamos, viejo, díselo...

FOKÁ. Porque no puedes hablarme como a un hermano. Soy yo el que cuelga a los condenados.

KALIÁEV. ¿No serás tú también un forzado?

FOKÁ. Justamente. Me han propuesto hacer ese trabajo y, por cada ahorcado, me quitan un año de prisión. Es un buen negocio.

KALIÁEV. ¿Para perdonarte tus crímenes te hacen cometer otros?

FOKÁ. Oh, no son crímenes, ya que hay una orden. Y además, eso les da lo mismo. Si quieres mi opinión, no son cristianos.

KALIÁEV. ¿Y cuántas veces, ya?

FOKÁ. Dos.

(Kaliáev retrocede. Los otros van hacia la puerta, el guardián empuja a Foká.)

KALIÁEV. ¿Entonces eres un verdugo?

FOKÁ *(desde la puerta)*. Pues bien, señor, ¿y tú?

(Sale. Se oyen pasos, órdenes. Entra Skurátov, muy elegante, con el guardián.)

SKURÁTOV. Déjenos. Buen día. ¿No me conoce? Yo sí lo conozco. *(Ríe.)* Ya es célebre, ¿eh? *(Lo mira.)* ¿Puedo presentarme? *(Kaliáev no dice nada.)* No dice nada. Comprendo. La incomunicación, ¿eh? Es duro, ocho días incomunicado. Hoy hemos suprimido la incomunicación y tendrá visitas. Estoy aquí para eso, además. Ya le he enviado a Foká. Excepcional, ¿verdad? Pensé que le interesaría. ¿Está contento? Es bueno ver caras después de ocho días, ¿no?

KALIÁEV. Todo depende de la cara.

SKURÁTOV. Buena voz, bien impostada. Usted sabe lo que quiere. *(Pausa.)* Si he comprendido bien, mi cara le desagrada, ¿cierto?

KALIÁEV. Sí.

SKURÁTOV. Me ha decepcionado. Pero es un malentendido. La iluminación es mala, por empezar. En un sótano nadie es simpático. Además, usted no me conoce. A veces una cara repele. Pero después, cuando se conoce el corazón...

KALIÁEV. Basta. ¿Quién es usted?

SKURÁTOV. Skurátov, director del departamento de policía.

KALIÁEV. Un lacayo.

SKURÁTOV. Para servirlo. Pero en su lugar, yo mostraría menos orgullo. Puede que lo logre. Se empieza por querer la justicia y se termina organizando una policía. Por lo demás, la verdad no me asusta. Voy a ser franco con usted. Usted me interesa y le ofrezco los medios para obtener la gracia.

KALIÁEV. ¿Qué gracia?

SKURÁTOV. ¿Cómo qué gracia? Le ofrezco salvarle la vida.

KALIÁEV. ¿Quién se lo ha pedido?

SKURÁTOV. La vida no se pide, querido. Se la recibe. ¿Usted nunca concedió gracia a nadie? (*Pausa.*) Piense bien.

KALIÁEV. Rechazo su gracia de una vez por todas.

SKURÁTOV. Escuche, al menos. No soy su enemigo, a pesar de las apariencias. Admito que tenga razón en lo que piensa. Salvo el asesinato...

KALIÁEV. Le prohíbo emplear esa palabra.

SKURÁTOV (*mirándolo*). ¡Ah! Los nervios son frágiles, ¿eh? (*Pausa.*) Sinceramente quisiera ayudarlo.

KALIÁEV. ¿Ayudarme? Estoy dispuesto a pagar lo que haga falta. Pero no soportaré esa familiaridad suya para conmigo. Déjeme.

SKURÁTOV. La acusación que pesa sobre usted...

KALIÁEV. Rectifico.

SKURÁTOV. ¿Perdón?

KALIÁEV. Rectifico. Soy un prisionero de guerra, no un acusado...

SKURÁTOV. Como quiera. Sin embargo, ha habido daños, ¿no es cierto? Dejemos de lado al gran duque y la política. Por lo menos, hubo muerte de hombre. ¡Y qué muerte!

KALIÁEV. Arrojé la bomba contra la tiranía de ustedes, no contra un hombre.

SKURÁTOV. Seguramente. Pero fue el hombre el que la recibió. Y eso no le sentó nada bien. Vea usted, querido, cuando encontraron el cuerpo, faltaba la cabeza. ¡La cabeza, desaparecida! En cuanto al resto, apenas si se pudo reconocer un brazo y una parte de la pierna.

KALIÁEV. Ejecuté una sentencia.

SKURÁTOV. Puede ser, puede ser. Nadie le reprocha la sentencia. ¿Qué es una sentencia? Es una palabra sobre la que se puede discutir noches enteras. Lo que se le reprocha... no, a usted no le gustaría esa palabra... es, digamos, un trabajo de aficionado, un poco desordenado, cuyos resultados son indiscutibles. Todo el mundo ha podido verlos. Pregúntele a la gran duquesa. Había sangre, ¿comprende?, mucha sangre.

KALIÁEV. Cállese.

SKURÁTOV. Bueno. Yo quería decir simplemente que si usted se obstina en hablar de sentencia, en decir que es el partido, y sólo él, quien ha juzgado y ejecutado, que el gran duque fue asesinado no por una bomba, sino por una idea, entonces usted no necesita la gracia. Suponga, sin embargo, que volvamos a la evidencia; suponga que fue usted quien hizo saltar la cabeza del gran duque; todo cambia, ¿verdad? Necesitará la gracia, en tal caso. Yo quiero ayudarlo a conseguirla. Por pura simpatía, créame. (*Sonríe.*) ¿Qué quiere usted?, a mí no me interesan las ideas, me interesan las personas.

KALIÁEV (*estallando*). Mi persona está por encima de usted y de sus amos. Usted puede matarme, no juzgarme. Yo sé adónde quiere llegar. Usted busca un punto débil y espera de mí una actitud avergonzada, lágrimas y arrepentimiento. No obtendrá nada. Lo que yo soy no le concierne. Lo que le concierne es nuestro odio, el mío y el de mis hermanos. Está a su servicio.

SKURÁTOV. ¿El odio? Otra idea. Lo que no es una idea es el asesinato. Y sus consecuencias, naturalmente. Quiero decir el arrepentimiento y el castigo. Ahí estamos en el centro del asunto. Es por eso que me hice policía, por cierto. Para estar en el centro de las cosas. Pero a usted no le gustan las confidencias. (*Pausa. Se acerca lentamente a*

Kaliáev.) Todo lo que quería decir es que no debería usted fingir que ha olvidado la cabeza del gran duque. Si la tuviera en cuenta, la idea ya no le serviría de nada. Tendría vergüenza, por ejemplo, en lugar de estar orgulloso por lo que ha hecho. Y a partir del momento en que sienta vergüenza, deseará vivir para reparar. Lo más importante es que usted decida vivir.

KALIÁEV. ¿Y si así lo decidiera?

SKURÁTOV. La gracia para usted y sus camaradas.

KALIÁEV. ¿Los ha arrestado?

SKURÁTOV. No. Justamente. Pero si usted decide vivir, los arrestaremos.

KALIÁEV. ¿He entendido bien?

SKURÁTOV. Sin duda. No se enoje otra vez. Reflexione. Desde el punto de vista de la idea, usted no puede entregarlos. Desde el punto de vista de la evidencia, por el contrario, es un servicio que les hace. Les evitará nuevos problemas y, al mismo tiempo, los liberará de la horca. Por sobre todo, obtiene usted la paz del corazón. Desde muchos puntos de vista, es un negocio redondo. (*Kaliáev guarda silencio.*) ¿Y bien?

KALIÁEV. Mis hermanos le responderán dentro de poco.

SKURÁTOV. ¡Otro crimen! Decididamente, es una vocación. Bueno, mi misión está terminada. Mi corazón está triste. Pero veo que usted se mantiene en sus ideas. No puedo separarlo de ellas.

KALIÁEV. Usted no puede separarme de mis hermanos.

SKURÁTOV. Hasta la vista. (*Hace como que sale, y volviéndose.*) ¿Por qué, en ese caso, les perdonó la vida a la gran duquesa y a sus sobrinos?

KALIÁEV. ¿Quién se lo ha dicho?

SKURÁTOV. Su informante también nos informaba a nosotros. En parte, al menos... Pero ¿por qué les perdonó la vida?

KALIÁEV. Eso no le concierne.

SKURÁTOV (*riendo*). ¿Usted cree? Yo lo voy a decir por qué. Una idea puede matar a un gran duque, pero difícilmente llegue a matar niños. Eso es lo que usted descubrió. Entonces surge una pregunta: si la idea no llega a matar niños, ¿merece que se mate a un gran duque? (*Kaliáev hace un gesto.*) ¡Oh! ¡No me conteste, no me conteste nada! Se lo contestará a la gran duquesa.

KALIÁEV. ¿A la gran duquesa?

SKURÁTOV. Sí, quiere verla. Y yo he venido sobre todo para asegurarme de que esta conversación era posible. Y lo es. Hasta le hace correr el riesgo de cambiar de opinión. La gran duquesa es cristiana. El alma, vea usted, es su especialidad. (*Ríe.*)

KALIÁEV. No quiero verla.

SKURÁTOV. Lo siento, ella insiste. Y después de todo, usted le debe algunas consideraciones. Se dice además que, desde la muerte de su marido, no está del todo en sus cabales. No quisimos contrariarla. (*Desde la puerta.*) Si cambia de opinión, no olvide mi propuesta. Volveré. (*Pausa. Escucha.*) Ahí está. ¡Después de la policía, la religión! Un verdadero agasajo. Pero todo está relacionado. Imagínese a Dios sin las prisiones. ¡Qué soledad! (*Sale. Se oyen voces y órdenes.*)

(*Entra la gran duquesa, que se queda quieta y en silencio. La puerta está abierta.*)

KALIÁEV. ¿Qué quiere?

LA GRAN DUQUESA (*descubriendo su rostro*). Mira. (*Kaliáev guarda silencio*.) Muchas cosas mueren con un hombre.

KALIÁEV. Lo sabía.

LA GRAN DUQUESA (*con naturalidad, pero con una vocecita gastada*). Los asesinos no saben eso. Si lo supieran, ¿cómo provocarían la muerte?

(*Pausa.*)

KALIÁEV. Ya la he visto. Ahora quiero estar solo.

LA GRAN DUQUESA. No. Tengo que mirarte también. (*Kaliáev retrocede. La gran duquesa se sienta, como agotada.*) No puedo más estar sola. Antes, si sufría, él podía ver mi sufrimiento. Sufrir era bueno entonces. Ahora... No, no podía más estar sola, callarme... Pero ¿con quién hablar? Los otros no saben. Fingen estar tristes. Lo están, una hora o dos. Después van a comer y a dormir. A dormir, sobre todo... Pensé que debías parecerte a mí. No duermes, estoy segura. ¿Y con quién hablar del crimen, sino con el criminal?

KALIÁEV. ¿Qué crimen? Sólo recuerdo un acto de justicia.

LA GRAN DUQUESA. ¡La misma voz! Con la misma voz que él. Todos los hombres adoptan el mismo tono para hablar de la justicia. Él decía: “¡Eso es justo!”, y había que callarse. Tal vez se equivocaba, y tú también te equivocas...

KALIÁEV. Él encarnaba la suprema injusticia, la que hace gemir al pueblo ruso desde hace siglos. Por ello recibía sólo privilegios. Aunque yo me equivocara, la prisión y la muerte son mi paga.

LA GRAN DUQUESA. Sí, tú sufres. Pero a él lo mataste.

KALIÁEV. Una muerte sorpresiva. Una muerte así no es nada.

LA GRAN DUQUESA. ¿Nada? (*En voz más baja.*) Es verdad. Te trajeron enseguida. Parecía que pronunciabas discursos en medio de los policías. Comprendo. Eso debía ayudarte. Yo llegué unos segundos después. Vi todo. Puse sobre una camilla todo lo que podía cargar. ¡Cuánta sangre! (*Pausa.*) Yo llevaba un vestido blanco...

KALIÁEV. Cállese.

LA GRAN DUQUESA. ¿Por qué? Digo la verdad. ¿Sabes lo que estaba haciendo dos horas antes de morir? Dormía. En un sillón, con los pies sobre una silla... como siempre. Él dormía y tú lo esperabas, en la noche cruel... (*Llora.*) Ayúdame ahora. (*Kaliáev retrocede, rígido.*) Eres joven. No puedes ser malo.

KALIÁEV. No he tenido tiempo de ser joven.

LA GRAN DUQUESA. ¿Por qué te pones así rígido? ¿Nunca tienes piedad de ti mismo?

KALIÁEV. No.

LA GRAN DUQUESA. Te equivocas. Eso alivia. Yo ya no tengo piedad más que de mí misma. (*Pausa.*) Sufro. Había que matarme con él en lugar de perdonarme la vida.

KALIÁEV. No es a usted a quien perdoné la vida, sino a los niños que iban con usted.

LA GRAN DUQUESA. Lo sé. Yo no los quería mucho. (*Pausa.*) Son los sobrinos del gran duque. ¿No eran culpables como su tío?

KALIÁEV. No.

LA GRAN DUQUESA. ¿Los conoces? Mi sobrina tiene un mal corazón. Se niega a llevar ella misma limosna a los pobres. Tiene miedo de tocarlos. ¿No es injusta? Es injusta. Él

por lo menos quería a los campesinos. Bebía con ellos. Y tú lo mataste. Ciertamente, tú eres injusto también. La tierra está desierta.

KALIÁEV. Esto es inútil. Usted intenta ablandarme y desesperarme. No lo lograré. Déjeme.

LA GRAN DUQUESA. ¿No quieres rezar conmigo, arrepentirte?.. No estaremos más solos.

KALIÁEV. Déjeme prepararme para morir. Si no muriera, entonces sí sería un asesino.

LA GRAN DUQUESA (*se levanta*). ¿Morir? ¿Quieres morir? No. (*Se acerca a Kaliáev, con gran agitación.*) Tú debes vivir y aceptar que eres un asesino. ¿Acaso no lo has matado? Dios te justificará.

KALIÁEV. ¿Qué Dios, el mío o el suyo?

LA GRAN DUQUESA. El de la Santa Iglesia.

KALIÁEV. Ella no tiene nada que ver aquí.

LA GRAN DUQUESA. Ella sirve a un señor que también conoció la prisión.

KALIÁEV. Los tiempos han cambiado. Y la Santa Iglesia ha escogido en el legado de su señor.

LA GRAN DUQUESA. ¿Escogido? ¿Qué quieres decir?

KALIÁEV. Ella se ha quedado con la gracia y a nosotros nos ha encargado ejercer la caridad.

LA GRAN DUQUESA. ¿A nosotros quiénes?

KALIÁEV (*gritando*). A todos los que ustedes ahorcan.

(*Silencio.*)

LA GRAN DUQUESA (*suavemente*). Yo no soy su enemiga.

KALIÁEV (*con desesperación*). Lo es, como todos los de su raza y de su clan. Hay algo más abyecto aún que ser un criminal: forzar al crimen a quien no ha sido creado para él. Míreme. Le juro que no estaba creado para matar.

LA GRAN DUQUESA. No me hable como a su enemigo. Mire. (*Va a cerrar la puerta.*) Confío en usted. (*Llora.*) La sangre nos separa. Pero usted puede reunirse conmigo en Dios, en el lugar mismo de la desdicha. Por lo menos rece conmigo.

KALIÁEV. Me niego. (*Se acerca a ella.*) No siento por usted más que compasión y acaba de conmover mi corazón. Ahora me comprenderá, porque no le ocultaré nada. Yo ya no cuento con la cita con Dios. Pero, al morir, seré puntual en la cita que tengo con los que amo, mis hermanos que piensan en mí en este momento. Rezar sería traicionarlos.

LA GRAN DUQUESA. ¿Qué quiere decir?

KALIÁEV (*con exaltación*). Nada, sino que voy a ser feliz. Tengo una larga lucha que sostener y la sostendré. Pero cuando se pronuncie la sentencia y la ejecución esté lista, entonces, al pie del cadalso, me apartaré de usted y de este mundo repugnante y me dejaré llevar al amor que me embarga. ¿Me comprende?

LA GRAN DUQUESA. No hay amor lejos de Dios.

KALIÁEV. Sí. El amor por la criatura.

LA GRAN DUQUESA. La criatura es abyecta. ¿Qué otra cosa hacer con ella sino destruirla o perdonarla?

KALIÁEV. Morir con ella.

LA GRAN DUQUESA. Se muere solo. Él murió solo.

KALIÁEV (*con desesperación*). ¡Morir con ella! Los que hoy se aman deben morir juntos si quieren reunirse. La injusticia separa, la vergüenza, el dolor, el mal que se hace a los otros, el crimen separan. Vivir es una tortura porque vivir separa.

LA GRAN DUQUESA. Dios reúne.

KALIÁEV. No en este mundo. Y mis citas son en esta tierra.

LA GRAN DUQUESA. Es la cita de los perros, con la nariz contra el suelo, siempre husmeando, siempre frustrados.

KALIÁEV (*volviéndose hacia la ventana*). Pronto lo sabré. (*Pausa.*) ¿Pero ya no es posible imaginar que dos seres que renuncian a toda alegría se amen en el dolor sin poder darse otra cita que la del dolor? (*La mira.*) ¿No es posible imaginar que la misma cuerda una entonces a esos dos seres?

LA GRAN DUQUESA. ¿Cuál es ese terrible amor?

KALIÁEV. Usted y los suyos nunca nos han permitido otro.

LA GRAN DUQUESA. Yo también amaba al que usted mató.

KALIÁEV. Lo he comprendido. Por eso le perdono el mal que usted y los suyos me han hecho. (*Pausa.*) Ahora, déjeme.

(*Larga pausa.*)

LA GRAN DUQUESA (*enderezándose*). Voy a dejarlo. Pero he venido aquí para conducirlo a Dios, ahora lo sé. Usted quiere juzgarse y salvarse solo. No puede hacerlo. Dios podrá, si usted vive. Pediré su gracia.

KALIÁEV. Se lo suplico, no lo haga. Déjeme morir o la odiaré mortalmente.

LA GRAN DUQUESA (*desde la puerta*). Pediré su gracia, a los hombres y a Dios.

KALIÁEV. No, no, se lo prohíbo. (*Corre hacia la puerta para encontrarse de golpe con Skurátov. Kaliáev retrocede, cierra los ojos. Silencio. Mira a Skurátov de nuevo.*) Lo necesitaba.

SKURÁTOV. Aquí me tiene, encantado. ¿Por qué?

KALIÁEV. Necesitaba despreciar de nuevo.

SKURÁTOV. Lástima. Yo venía a buscar mi respuesta.

KALIÁEV. Ahora la tiene.

SKURÁTOV (*cambiando el tono*). No, no la tengo todavía. Escuche bien. He facilitado esta entrevista con la gran duquesa para poder publicar mañana la noticia en los periódicos. El relato será exacto, salvo en un punto. Consignaré la confesión de su arrepentimiento. Sus camaradas pensarán que los ha traicionado.

KALIÁEV (*tranquilamente*). No lo creerán.

SKURÁTOV. No detendré esa publicación a menos que usted confiese. Tiene la noche para decidirse. (*Vuelva hacia la puerta.*)

KALIÁEV (*más fuerte*). No lo creerán.

SKURÁTOV (*volviéndose*). ¿Por qué? ¿Jamás han pecado?

KALIÁEV. Usted no conoce su amor.

SKURÁTOV. No. Pero sé que no se puede creer en la fraternidad toda una noche, sin un solo minuto de desfallecimiento. Esperaré el desfallecimiento. (*Cierra la puerta a sus espaldas.*) No se apresure. Soy paciente. (*Quedan cara a cara.*)

TELÓN

QUINTO ACTO

Otro departamento, pero en el mismo estilo. Una semana después. Es de noche.

(Silencio. Dora se pasea de arriba abajo de la habitación.)

ÁNNENKOV. Descansa, Dora.

DORA. Tengo frío.

ÁNNENKOV. Ven a echarte aquí. Tápate.

DORA *(siempre caminando)*. La noche es larga. Qué frío tengo, Boria.

(Llaman a la puerta. Un golpe, luego dos. Ánnenkov va a abrir. Entran Stepán y Voinov, que va hacia Dora y le da un beso. Ella lo estrecha fuerte entre sus brazos.)

DORA. ¡Alexis!

STEPÁN. Orlov dice que podría ser esta noche. Todos los suboficiales que no están de servicio fueron convocados. Así que él estará presente.

ÁNNENKOV. ¿Dónde te encuentras con él?

STEPÁN. Él nos esperará a Voinov y a mí en el restaurante de la calle Sofískaia.

DORA *(se sienta, agotada)*. Es esta noche, Boria.

ÁNNENKOV. Nada está perdido, la decisión depende del zar.

STEPÁN. La decisión dependerá del zar si Ianek ha pedido su gracia.

DORA. No la ha pedido.

STEPÁN. ¿Para qué vería a la gran duquesa si no era por su gracia? Ella hizo decir por todas partes que él se había arrepentido. ¿Cómo saber la verdad?

DORA. Sabemos lo que él dijo ante el tribunal y lo que nos escribió. ¿Ianek dijo que lamentaba no disponer sino de una sola vida para arrojarla como un desafío a la autocracia? ¿El hombre que dijo eso puede mendigar la gracia, puede arrepentirse? No, él quería, él quiere morir. No se reniega de lo que él hizo.

STEPÁN. Se equivocó en ver a la gran duquesa.

DORA. Él es el único juez.

STEPÁN. Según nuestra regla, no debía verla.

DORA. Nuestra regla es matar, nada más. Ahora es libre, libre al fin.

STEPÁN. Todavía no.

DORA. Es libre. Tiene el derecho de hacer lo que quiere antes de morir. ¡Porque va a morir, pónganse contentos!

ÁNNENKOV. ¡Dora!

DORA. Pero sí. Si le concedieran la gracia, ¡qué triunfo! Sería la prueba, ¿no?, de que la gran duquesa ha dicho la verdad, que se arrepintió y que traicionó. Si muere, por el contrario, ustedes le creerán y podrán seguir queriéndolo. *(Los mira.)* Su amor cuesta caro. VOINOV *(acercándose a ella)*. No, Dora. Nunca hemos dudado de él.

DORA *(yendo y viniendo)*. Sí... Puede ser... Perdónenme. ¡Pero qué importa, después de todo! Vamos a saberlo esta noche... ¡Ah!, pobre Alexis, ¿qué has venido a hacer aquí?

VOINOV. A reemplazarlo. Lloraba, estaba orgulloso al leer su discurso en el proceso. Cuando leí: “La muerte será mi protesta suprema contra un mundo de lágrimas y de sangre...”, me puse a temblar.

DORA. Un mundo de lágrimas y de sangre... él dijo eso, es verdad.

VOINOV. Lo dijo... ¡Ah, Dora, qué coraje! Y, al final, su gran grito: “Si he estado a la altura de la protesta humana contra la violencia, que la muerte corone mi obra con la pureza de la idea”. Entonces decidí venir.

DORA *(cubriéndose la cara con las manos)*. Quería la pureza, en efecto. ¡Pero qué horrible coronación!

VOINOV. No llores, Dora. Pidió que nadie lllore su muerte. Oh, lo comprendo tan bien ahora. No puedo dudar de él. Sufrí por haber sido cobarde. Y después arrojé la bomba en Tiflis. Ahora no soy diferente de Ianek. Cuando me enteré de su condena, no tuve más que una idea: ocupar su lugar, ya que no había podido estar a su lado.

DORA. ¿Quién puede ocupar su lugar esta noche? Estará solo, Alexis.

VOINOV. Debemos sostenerlo con nuestro orgullo, como él nos sostiene con su ejemplo. No llores.

DORA. Mira. Mis ojos están secos. ¡Pero orgullosa, oh, no, ya nunca podré estar orgullosa!

STEPÁN. Dora, no me juzgues mal. Yo deseo que Ianek viva. Necesitamos hombres como él.

DORA. Él no lo desea. Y debemos desear que muera.

ÁNNENKOV. Estás loca.

DORA. Debemos desearlo. Conozco su corazón. Así encontrará la paz. ¡Oh, sí, que muera! *(En voz más baja.)* Pero que muera pronto.

STEPÁN. Me voy, Boria. Ven, Alexis. Orlov nos está esperando.

ÁNNENKOV. Sí, y no tarden en volver.

(Stepán y Voinov van hacia la puerta. Stepán mira de reojo a Dora.)

STEPÁN. Vamos a enterarnos. Cuídala.

(Dora está junto a la ventana. Ánnenkov la mira.)

DORA. ¡La muerte! ¡La horca! ¡La muerte otra vez! ¡Ah! ¡Boria!

ÁNNENKOV. Sí, hermanita. Pero no hay otra solución.

DORA. No digas eso. Si la única solución es la muerte, no estamos en la buena vía. La buena vía es la que lleva a la vida, al sol. No se puede tener frío todo el tiempo...

ÁNNENKOV. Esta también conduce a la vida. A la vida de los otros. Rusia vivirá, nuestros nietos vivirán. Recuerda lo que decía Ianek: “Rusia será hermosa”.

DORA. Los otros, nuestros nietos... Sí. Pero Ianek está en prisión y la cuerda es fría. Va a morir. Puede que ya haya muerto para que los otros vivan. ¡Ah! Boria, ¿y si los otros no vivieran? ¿Y si se muriera por nada?

ÁNNENKOV. Cállate.

(Pausa.)

DORA. Qué frío hace. Es primavera, no obstante. Hay árboles en el patio de la prisión, lo sé. Él debe verlos.

ÁNNENKOV. Espera a saber. No tiembles así.

DORA. Tengo tanto frío que tengo la impresión de ya estar muerta. (Pausa.) Todo esto nos envejece tan rápido. Nunca más seremos niños, Boria. Con el primer asesinato, huye la infancia. Arrojo la bomba y en un segundo, ya ves, toda una vida se escurre. Sí, podemos morir a partir de ahora. Hemos dado la vuelta al hombre.

ÁNNENKOV. Entonces moriremos luchando, como hacen los hombres.

DORA. Ustedes han ido demasiado rápido. No son más hombres.

ÁNNENKOV. La desdicha y la miseria iban rápido también. No hay más lugar para la paciencia y la maduración en este mundo. Rusia lleva prisa.

DORA. Lo sé. Nos hemos hecho cargo de la desdicha del mundo. Él también se había hecho cargo. ¡Qué coraje! Pero a veces me digo que es un orgullo que será castigado.

ÁNNENKOV. Es un orgullo que pagamos con nuestra vida. Nadie puede ir más lejos. Es un orgullo al que tenemos derecho.

DORA. ¿Estamos seguros de que nadie irá más lejos? A veces, cuando escucho a Stepán, tengo miedo. Quizás vengan otros que basarán su autoridad en nosotros para matar y que no pagarán con sus vidas.

ÁNNENKOV. Eso sería vil, Dora.

DORA. ¿Quién sabe? Puede que eso sea la justicia. Y entonces nadie más se atreverá a mirarla a la cara.

ÁNNENKOV. ¡Dora! (Guarda silencio.) ¿Acaso dudas? No te reconozco.

DORA. Tengo frío. Pienso en él que debe evitar temblar para que no parezca que tiene miedo.

ÁNNENKOV. ¿No estás más con nosotros, entonces?

DORA (se lanza hacia él). ¡Oh, Boria, yo estoy con ustedes! Iré hasta el final. Odio la tiranía y sé que no podemos hacer otra cosa. Pero elegí esto con el corazón alegre y ahora me mantengo con el corazón triste. Esa es la diferencia. Somos prisioneros.

ÁNNENKOV. Rusia entera está en prisión. Haremos volar sus muros en pedazos.

DORA. Sólo dame una bomba para arrojar y ya verás. Avanzaré en medio de la hoguera y sin embargo mi paso será el mismo. Es fácil, es mucho más fácil morir de sus contradicciones que vivirlas. ¿Has amado, por lo menos has amado, Boria?

ÁNNENKOV. He amado, pero hace tanto tiempo que ya no me acuerdo.

DORA. ¿Cuánto tiempo?

ÁNNENKOV. Cuatro años.

DORA. ¿Cuánto hace que diriges la Organización?

ÁNNENKOV. Cuatro años. (Pausa.) Ahora es la Organización lo que amo.

DORA (acercándose a la ventana). ¡Amar, sí, pero ser amada!.. No, hay que seguir adelante. Una quisiera detenerse. ¡En marcha! ¡En marcha! Una quisiera tender los brazos

y dejarse llevar. Pero la sucia injusticia se nos pega como engrudo. ¡En marcha! Aquí estamos, condenados a ser más grandes que nosotros mismos. Los seres, las caras, eso es lo que una quisiera amar. ¡El amor más que la justicia! No, hay que seguir. ¡En marcha, Dora! ¡En marcha, Ianek! (*Llora.*) Pero para él, el fin se aproxima.

ÁNNENKOV (*tomándola entre sus brazos*). Recibirá la gracia.

DORA (*mirándolo*). Sabes bien que no. Sabes bien que no sería correcto. (*Él aparta la vista.*) Quizás ya esté saliendo al patio. Todo esa gente repentinamente silenciosa, en cuanto él aparezca. Ojalá que no tenga frío. Boria, ¿sabes como ahorcan?

ÁNNENKOV. En el extremo de una cuerda. ¡Basta, Dora!

DORA (*ciegamente*). El verdugo salta sobre los hombros. El cuello se quiebra. ¿No es terrible?

ÁNNENKOV. Sí. En cierto sentido. En otro sentido, es la felicidad.

DORA. ¿La felicidad?

ÁNNENKOV. Sentir la mano de un hombre antes de morir. (*Dora se deja caer en un sillón. Pausa.*) Dora, habrá que partir enseguida. Descansaremos un poco.

DORA (*extraviada*). ¿Partir? ¿Con quién?

ÁNNENKOV. Conmigo, Dora.

DORA (*mirándolo*). ¡Partir! (*Se vuelve hacia la ventana.*) Está amaneciendo. Ianek ya está muerto, estoy segura.

ÁNNENKOV. Soy tu hermano.

DORA. Sí, eres mi hermano, y todos ustedes son mis queridos hermanos. (*Se oye llover. Comienza a aclarar. Dora habla en voz baja.*) ¡Pero que gusto horrible tiene a veces la fraternidad!

(*Golpean. Entran Voinov y Stepán. Todos permanecen inmóviles, Dora se tambalea pero se recobra con un visible esfuerzo.*)

STEPÁN (*en voz baja*). Ianek no ha traicionado.

ÁNNENKOV. ¿Orlov pudo ver?

STEPÁN. Sí.

DORA (*avanzando con firmeza*). Siéntate. Cuenta.

STEPÁN. ¿Para qué?

DORA. Cuenta todo. Tengo el derecho de saber. Exijo que lo cuentes. En detalle.

STEPÁN. No sabré. Y además, ahora hay que partir.

DORA. No, hablarás. ¿Cuándo le avisaron?

STEPÁN. A las diez de la noche.

DORA. ¿Cuándo lo ahorcaron?

STEPÁN. A las dos de la mañana.

DORA. ¿Y estuvo esperando durante cuatro horas?

STEPÁN. Sí, sin decir una palabra. Y después todo se precipitó. Ahora se terminó.

DORA. ¿Cuatro horas sin hablar? Espera un poco. ¿Cómo estaba vestido? ¿Llevaba su pelliza?

STEPÁN. No. Estaba todo de negro, sin abrigo. Y con un sombrero negro.

DORA. ¿Qué tiempo hacía?

STEPÁN. Noche cerrada. La nieve estaba sucia. Y después la lluvia la convirtió en un barro pegajoso.

DORA. ¿Temblaba?

STEPÁN. No.

DORA. ¿Orlov se encontró con su mirada?

STEPÁN. No.

DORA. ¿Qué miraba?

STEPÁN. A todo el mundo, dice Orlov, sin ver nada.

DORA. ¿Y después, después?

STEPÁN. Deja, Dora.

DORA. No, quiero saber. Su muerte, por lo menos, es mía.

STEPÁN. Le leyeron la sentencia.

DORA. ¿Qué hacía en ese momento?

STEPÁN. Nada. Una vez solamente sacudió la pierna para quitarse un poco de barro que le manchaba el zapato.

DORA (*cubriéndose la cara con las manos*). ¡Un poco de barro!

ÁNNENKOV (*bruscamente*). ¿Cómo sabes eso? (*Stepán calla.*) ¿Le has preguntado todo a Orlov? ¿Por qué?

STEPÁN (*apartando la vista*). Había algo entre Ianek y yo.

ÁNNENKOV. ¿Qué?

STEPÁN. Le tenía envidia.

DORA. ¿Y después, Stepán, después?

STEPÁN. El padre Florenski fue a presentarle el crucifijo. Él se negó a besarlo. Y declaro: “Ya le he dicho que acabé con la vida y estoy en regla con la muerte.”

DORA. ¿Cómo era su voz?

STEPÁN. Exactamente la misma. Sin el fervor y la impaciencia que le conocían.

DORA. ¿Parecía feliz?

ÁNNENKOV. ¿Estás loca?

DORA. Sí, sí, estoy segura, parecía feliz. Porque sería demasiado injusto que, habiéndose negado a ser feliz en la vida para prepararse mejor al sacrificio, no hubiera recibido la felicidad al mismo tiempo que la muerte. Era feliz y marchó con calma a la horca, ¿no es cierto?

STEPÁN. Marchó. Alguien cantaba junto al río, con un acordeón. Unos perros ladraron en ese momento.

DORA. Entonces subió...

STEPÁN. Subió. Se hundió en la noche. Se veía vagamente la mortaja en la que el verdugo lo había cubierto por completo.

DORA. Y después, después...

STEPÁN. Unos ruidos sordos.

DORA. Unos ruidos sordos. ¡Ianek! Y luego... (*Stepán calla. Con violencia.*) Y luego, te dije. (*Stepán calla.*) Habla, Alexis. ¿Luego?

VOINOV. Un ruido terrible.

DORA. ¡Ahh! (*se lanza contra la pared*).

(*Stepán aparta la cabeza. Ánnenkov, sin un gesto, llora. Dora se vuelve, los mira pegada a la pared.*)

DORA (*con voz cambiada, extraviada*). No lloren. ¡No, no, no lloren! Ya ven que es el día de la justificación. Algo se eleva a esta hora que es nuestro testimonio de rebeldes: Ianek ya no es un asesino. ¡Un ruido terrible! Bastó un ruido terrible y ahí lo tienen, de vuelta en la alegría de la infancia. ¿Se acuerdan de su risa? A veces reía sin razón. ¡Qué joven era! Debe estar riendo ahora. ¡Debe estar riendo, con la cara contra la tierra! (*Se acerca a Ánnenkov.*) Boria, ¿eres mi hermano? ¿Dijiste que me ayudarías?

ÁNNENKOV. Sí.

DORA. Entonces, haz esto por mí. Dame la bomba. (*Ánnenkov la mira.*) Sí, la próxima vez. Quiero arrojarla yo. Quiero ser la primera en arrojarla.

ÁNNENKOV. Sabes bien que no queremos mujeres en la primera línea.

DORA (*en un grito*). ¿Soy una mujer, ahora?

(*Todos la miran. Silencio.*)

VOINOV (*suavemente*). Acepta, Boria.

STEPÁN. Sí, acepta.

ÁNNENKOV. Era tu turno, Stepán.

STEPÁN (*mirando a Dora*). Acepta. Ella se parece a mí, ahora.

DORA. Me la darás, ¿verdad? La arrojaré. Y más tarde, en una noche fría...

ÁNNENKOV. Sí, Dora.

DORA (*llorando*). ¡Ianek! ¡Una noche fría y la misma cuerda! Todo será más fácil ahora.

TELÓN